

Revista
Rocamadour
Historias originales

ISSN 2618-5172

Año I | Número 10
Diciembre 2019

\$65

Artículo del mes

Sustituir la identidad,
esencia literaria de Marco Denevi

Cuento del mes

“Janóvice”
por Marco Denevi

Autores invitados

Mora Álvarez Rojas | Milagros Bentancourt
Wendy Esqueti | Martina Massenzio | Mikita
Ruben Llanos | Lucero del Valle Fariña

INCLUYE LOS TRES CUENTOS
GANADORES DEL CONCURSO
LITERARIO “MARCO
DENEVI”



Ediciones Rocamadour

AGUSTINA MARCIANO

Martillera y Corredora Pública
M. N° 3799



/agustinam.propiedades



@agustinampropiedades



Agustina Marcianopropiedades



(011) 67240304 // 477-3283

agusmarciano@hotmail.com

Avellaneda N°1750 - Marcos Paz

Ediciones Rocamadour

Dr. Marcos Paz 2578 - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires, Año 2019

ISSN 2618-5172

www.edicionesrocamadour.com.ar

Esta revista se terminó de imprimir en diciembre de 2019, en taller propio - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires. Tapas a cargo de Entre Tintas - San Martín 77, Marcos Paz., Pcia de Buenos Aires.

Diseño y edición: Alejandro Torres

Corrección de textos: Sergio Ortiz y Alejandro Torres

Suscripciones: Diego Rojas (diegoparral2017@gmail.com)

Para publicitar con nosotros comunicarse al 1123509958

Suscripción \$50 / Número simple \$65

Imágenes:

Foto de portada: Anónimo

Ilustraciones de los textos de esta edición: Diego Rojas

Alejandra Llanos y Mauro de Giuseppe

“Me gusta escribir para escribir. Y me gusta que lo que escribo sirva para rescatar toda esa serie de experiencias, tribulaciones, felicidades y dolores humanos que solamente la literatura recoge...”

CONTENIDO

Del lado de allá

Antipatharia	por Milagros Bentancourt	5
Culpables	por Celeste Silvero	7
Caminando entre bestias (Parte II)	por Ruben Llanos	8
La luz se desviste para todos	por Martina Massenzio	9
Ademanes	por Diego Rojas	11
Sin voz	por Wendy Esqueti	14
Pulé	por M. M. Álvarez	15

Cuento del mes

Janóvice	por Marco Denevi	22
Sustituir la identidad, <i>esencia literaria de</i>	por Alejandro Torres	26

Del lado de acá

El jardín secreto	por Mora Martina Álvarez Rojas	32
Una ganga (segunda parte)	por Mauro de Giuseppe	36
Nacemos con la muerte adentro	por Gabriela Brandán	39
Cadáveres y destructores.....	por Mikita	40
Solo para solas y solos.....	por Alejandro Torres	41
Reiniciar	por Hugo Canal Bialy	42
Lapsus	por Paula Aros	42
Ambivalencia	por Lucero del Valle Fariña	43

Lecturas visuales

Denevi Guionista	por Pablo Ortiz	44
------------------------	-----------------	----

Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda, por tanto, prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos. Por otro lado, esta publicación no se responsabiliza de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

Editorial

Cada revista es para nosotros un nuevo comienzo. Cada vez que nos toca hacer un nuevo prólogo empieza nuevamente la particularidad de resaltar lo especial que es cada número. Resulta cansador volver a cortar las flores recién florecidas del jardín para lanzarlas al aire y dejarlas caer, como confeti en cumpleaños. Pero alguien tiene que hacerlo:

Esta edición, que es la última del año, trae de nuevo el resultado de un trabajo comenzado en 2019: el Primer Concurso de Cuentos Cortos “Marco Denevi”, para escuelas secundarias del distrito. Hemos sido gratamente sorprendidos con una convocatoria que superó las expectativas y que denotó el interés de la gente joven de hacerse notar, de mostrar de qué son capaces y de compartir con nosotros (y por supuesto con ustedes) su talento. Por cuestiones obvias de espacio solo publicamos los primeros tres ganadores, y en nuestra web (www.edicionesrocamadour.com.ar) han sido publicados seis cuentos que contaron con mención destacada en el concurso. Pero desde ya, todos los participantes han ganado, nosotros hemos ganado, y Marcos Paz ha ganado. Y no me refiero al premio material, que siempre es grato obtener, sino el reconocimiento, el enriquecimiento cultural de un arte a medio perder. Estos jóvenes han demostrado ser el recambio generacional que la literatura local esperaba. Jóvenes de 12 a 17 años han dicho *¡Acá estoy, tengo esto para dar! Pero esperen, porque recién comienzo y voy tomando impulso.*

Despedimos el año con un número más que especial, con un número destacado, con un número privilegiado. Despedimos el año también con la mención otorgada por el HCD de Marcos Paz de declararnos de interés cultural. Cerramos un año de muchas emociones y queremos comenzar otro con mucho más para dar, muchas sorpresas y muchos cambios. Cerramos el año y queremos decir: ¡Gracias! ¡Nos vemos el año que viene!

Redacción Rocamadour



Antipatharia

Por Milagros Diamela Bentancourt

Ilustrado por Diego Rojas

1

*PRIMER
PREMIO
CONCURSO
DE CUENTOS
CORTOS
"MARCO
DENEVI"*



Érrese una vez, en un pueblo tan grande y con habitantes de un corazón tan parvo que un naufragio azotó, un naufragio que nadie quiso, solo el mar.

El cuerpo paseaba por las costas sin ser rescata-do, avistado desde un viejo faro y aumentando la marea a cada lágrima, pues sus ojos negros no dejaban de llorar. Estuvo en el mismísimo pié-lago, con sus escarpines de plomo hasta que el agua que llenó sus pulmones en primer lugar, la liberó. Pero aún era de su pertenencia, y aún no era reclamada. El solo pronunciar su nombre podría romper el hechizo, si es que hubiera alguien que la reconociera o si acaso deseara hacerlo. Los ahogados no son de nadie, y cuando no lloras a tus muertos son ellos lo que te harán llorar.

Nadie la buscó. ¿Por qué habrían de sacarla ahora? Cuando su cara está tan hinchada que es irreconocible; cuando es de un color verde mar y se tiene que aguantar la respiración en su presencia, apesta. Apesta tanto como algo dentro de ella, su cuerpo está deformado no solo por el agua, hay algo más que se pudre mientras su vientre se mueve indisimulado, esperando.

Un jueves por la tarde las olas sacudían al mar, chocaban contra las grandes rocas, y un buque pesquero que arribaba la costa la encontró. Entre sus redes estaba el pescado más grande que han de presenciar, o eso es lo que primero cruzó sus mentes.

Uno espera un buen motín para el regreso a casa, algo con qué llenar el pecho de orgullo, uno no espera planear funerales para los bastardos. Aun así, contra las protestas el capitán la lleva a la posada más cercana del muelle de donde desembarcaron. Se caía a pedazos y la gente se arremolinó afuera. El mar gritó con violencia *¡Si tomas algo de mí, yo tomare todo de ti!*

Las olas cada vez más altas, las caras cada vez más ajenas. Está en los pies de la otredad y sus ojos se mueven nerviosos, buscan a alguien, no, buscan algo. Y ella no deja de llorar y su vientre de hincharse. La gente grita, ya no llora agua salada, es sangre, sangre maldita. Nadie atropella a la multitud para decir su nombre y es necesario separar sus labios. *A...Arra... Are... Le.* Suena más a un gruñido que a un nombre, es el mismísimo mar escapando por su garganta y lagrimales.

Está largando ese río podrido que no pudo terminar de largar en vida, lo sigue intentando una vez muerta. Se sigue llenando, en sus venas un líquido negro, y por sus ojos la maldad.

Alguien salta y todo su suelo cruje pero no se acerca, no. Siente sus pulmones darse vuelta y caer en las brasas, se están quemando. Entonces grita, grita como nunca; *ARR...AAA... IE...LLA*

La gente se aleja y aquél hombre vuelve a saltar, le tira un trapo a la cara y le ata dos anclas a cada pie. Primero fueron diez hombres y luego más, más manos se sumaron en la tarea de arrastrarla al mar, casi incapaces de sostenerla. El agua en su pequeño cuerpo pesaba cada vez más.

Los únicos que se ahogan son los pecadores, les pesan los pecados, y si aun así sobreviven, es porque deben de ser demonios.

“Alguien salta y todo su suelo cruje pero no se acerca, no. Siente a sus pulmones darse vuelta y caer en las brasas, se están quemando. Entonces grita, grita como nunca; ARR...AAA... IE...LLA”

Primero fue la enfermedad como un símbolo de maldad, antes Eva y ahora la muerte. El hombre que salta es el párroco, pronuncia palabras en latín que ni él mismo entiende, es un cascarón vacío y en el hueco desierto que tiene en el pecho entran voces, resuena como un eco por su boca y se escapan, sin significado, repitiendo y nunca pensando.

Cada lágrima hace más resbaloso el camino, la gente avanza. Ahora no es solo lo que ella desborda por sus ojos y boca, de su vagina salen aguas de parto, va a dar a luz el vástago del mar. Uno a uno los pueblerinos se sumergen, ahogados en mar y sangre, y la marea va subiendo, sube hasta alcanzar el faro. El pequeño naufragio dio a luz a un bebé de ojos oceánicos, su llanto se escucha bajo el agua fuerte y claro, alguien los llama y él está listo para destruir barcos. Por lo lejos se escucha a su madre gritar; *¡Ariel!* ■

Culpables

Por Celeste Silvero

Cae una mañana sin vida.
El mundo parece derrumbarse,
como si se consumiera y mi negativo corazón lo
acompañase.

Te miro,
luces espectante ante mis ojos sin gracia.
El aire me aprisiona,
una grieta nos separa.
Todo es tan incierto en otro día más.

Pienso en compensar tu amor,
inútil sin huellas de lo que fuimos.
De haberme sabido inclemente jamás habría
tomado tu mano la vez que nos conocimos.

Pides un beso,
no sabe a más que un adiós.
Cruzas la puerta,
me convenzo de que no bastó con que seas calidez
en invierno,
estas son las horas más frías de nuestras vidas.

Escribir se torna divagante,
cierro los ojos,
nada me inspira como cuando te amaba ferviente-
mente.
Un café y mi descontento me acompañan durante
el día.

Tu regreso sin importancia carece de existencia.
Tanta es tu paz ahora que me atormenta, tanto mi
desdén que aún así no te atociga.

En tus ojos, el recuerdo de mañanas sonrientes.
Creerme feliz a tu lado fue un vil engaño, lograr
satisfecho acrecentaba esta mentira,
perderme en estos pensamientos se vuelve una
rutina.

La tarde se disipa entre lecturas. Contemplo el
silencio,

se torna agobiante.
Te sostienes entero,
más se acercan tus partes.
Demuestras las ansias del fuego de una pasión
porque extingo en cada paso.

¿Acaso soportas vivir con mi ausencia?
El recelo se instala en mí impacientemente.
Tu sonrisa claramente comienza a sofocarme.
He perdido la calma ante tus preguntas inquietas.

Esta noche de otoño pretende ocultar tu estrepito-
so semblante.
Una copa en tu mano,
tras tus ojos claros, vesania.
La deslucida sala,
tenebrosa imagen que antecede mi partida.

No permites que me aleje,
actúas sobre mis palabras que quieren explicarte.
Nuestras voces se entrelazan fuertemente en una
amarga sinfonía.

Mis disculpas temerosas hacen que pierdas la
cordura.
Empiezo a darme cuenta,
no eres quien creía.

La noche se hace larga y eterna esta despedida.

Te niegas por completo,
agonizas tristemente.
Dispongo a marcharme,
habla tú desconsuelo.
Maletas en mano,
doloroso el adiós,
pues el tiempo se congela al recordar que te
quería.

Apresuras tus pasos,
intentas aferrarte pero no te lo permito. No entien-
des de razones,
me obligas a apartarte y en el pavoroso forcejeo se
descubre el arma que en tu mano empuñas.
Si el karma existe se ha hecho presente, hoy te
condenas a muerte y tu sangre a cubrirnos de
culpa. ■

Caminando entre bestias

Parte II

Por Ruben Llanos

Escucho extraños sonidos provenientes del techo, entro en pánico, hace días que estoy encerrado en mi despacho tras la toma de los militares en la Universidad y solo pude sentarme resignado a esperar mi destino.

La noticia de que sería liberado fue un alivio pleno a mis horas de angustia pero ese sonido extraño me lleva a pensar que aún no estoy totalmente a salvo, estoy petrificado, ¿serán ellos burlándose de mi agonía? ¿Acaso esto nunca terminará?

En ese momento el ruido cesa y por la claraboya cae un cuerpo inerte, yo corrí hacia una esquina del cuarto, esperaba escuchar sus risas desde alguna parte, pero nada sucedió, lentamente decidí acercarme. Con la poca luz del sol en poniente logré distinguir que era un joven de unos veinte años con la piel llagada, totalmente enrojecida por las quemaduras del sol y los labios partidos.

Él estaba consciente pero apenas podía pronunciar palabras inentendibles, corrí a asistirlo con los pocos recursos con los que contaba.

A las diez de la noche por primera vez desde que empezó mi cautiverio hubo luz. Pero además pude notar que ellos, las bestias, no estaban.

Mi nuevo compañero se encontraba bastante puesto lo cual era un gran alivio ya que su penoso estado que pareció extremadamente delicado en un principio comenzó a repuntar a medida que lo hidrataba y lo alimentaba con los restos de mi cena. Cuando pudo hablar me contó que su nombre era Ricardo Waltein, alumno de quinto año que se había descompensado por los nervios durante un examen y se dirigió a la enfermería donde guardó reposo mientras era tratado por la enfermera, cuando escucharon gritos y disparos la enfermera salió a toda prisa por la puerta pero él decidió trepar al techo para esconderse. Desde donde estaba el muchacho fue testi-

go de todo el desastre perpetrado.

Ya amanecía y solo quedaba esperar a que ellos volvieran a liberarme así como planear la huida de este muchacho.

El ejército ya se había retirado, solo se encontraban unos cuantos perros de presa apostados en algunos sectores mientras los obreros municipales se encargaban de la limpieza interminable. Mi puerta estaba ya sin llave.

Yo estaba ocupado en hacer mis valijas mientras meditaba cómo lograr que mi compañero de cautiverio escape. Son las cinco de la tarde, queda una hora para que ellos regresen y yo abandone mi cárcel. Estaba totalmente agobiado al no hallar una solución cuando en uno de los gabinetes encontré un overol mugriento dentro de una caja junto con la credencial del personal de limpieza...“muchacho ponéte esto”, le dije. Corrí a mi caja de fondos reservados y pude reunir unos doscientos dólares y cuatrocientos pesos. “Andá, salí por la puerta y mezcláte con el resto, si alguien te pregunta mostras la credencial, tomá un colectivo y salí del centro, no busques a tus familiares o amigos, los teléfonos están intervenidos, podrías ponerlos en peligro”.

La angustia podía verse en los ojos de ese muchacho que debía huir y dejarlo todo por su seguridad y la de los que amaba. Era solo otro golpe más a alguien que había vivido un infierno, solo le quedaba erguirse y aceptar su destino como un hombre, con la esperanza de poder dar alivio a su familia alguna vez. Ambos nos despedimos con un apretón de manos y con la promesa de contactarnos cuando sea seguro.

....

—Pero esperá, Claudio, me estás diciendo que entonces ¡Ricardo está vivo!, ¡tu sobrino está vivo!

—Sí, Juan, sí —contestó mi amigo entre lágrimas. ■

La luz se desviste para todos

2°

Por Martina Massenzio

Ilustrado por Mauro de Giuseppe

*SEGUNDO PREMIO CONCURSO
DE CUENTOS CORTOS "MARCO DENEVI"*



Todo ser vivo tiene el instinto de encontrar la efervescencia en otro ser. *“Bailar vestidos de viento y amarnos bajo su luz”*.

“Cada vez te siento más lejos, sin embargo sé que conmigo estás, te llevo atada a mis huesos, nos sujeta un lienzo que vos y yo creamos, un lienzo de juventud eterna, la juventud es el elixir de la libertad que hoy nos revienta. Por favor, esta noche sílbame una melodía y seguro estaré. Te espero siempre, *Luisant*.”

El aire carga con las tristezas de nuestro latir, la melancolía humedecida por la distancia entre tanta pureza. La danza de los salvajes rasguñan todo tipo de fe.

Luisant nació de la naturaleza, el es la mezcla de las tonalidades selváticas, lleva consigo el sonido de las mañanas y se marchita al ver a su querida Alumbra tan lejos. Tiene el impulso cosido a su espalda y colecciona las luces de la ciudad.

“Me desborda tu silencio, quiero estar vivo cada vez que nazca la oscuridad, y estés ahí. Escucho un saxofón que se escapa de la gente, y solo puedo imaginarte enredada entre Tules amarillos, girando por encima del amor. Pido de tu abrazo la calidez en la orilla de mi mar, te extraño como si tuviera la necesidad de conocerte otra vez. Espero acariciarte de nuevo, *Luisant*”.

Cuando los enamorados desesperan, el impulso es ley.

Alumbra conservaba su círculo de ataduras, no podía deshacerse de su silencio y vagar descalza sobre la noche, embelleciendo, a su paso, todos los cuerpos solo con su radiación.

No hubo melodía.

Luisant sentía que la soledad lo pasaba a buscar, que la distancia era un desfile de angeles, en donde él no tenía lugar. Sin embargo la inocente promesa había quedado grabada en el alma de los dos.

“No es tiempo de que las raíces del desamor se aferren a mí, hoy será como la primera vez, y la fuerza me abrazará hasta que vos puedas hacerlo. Todos nos mirarán desde abajo y les contaremos cómo el aliento de los encandilados puede salvar a los desalmados. Solo esta noche espero, bailar vestidos de viento y amarnos bajo su luz. Te susurro suavemente desde mi hogar, *Luisant*”

“Alumbra conservaba su círculo de ataduras, no podía deshacerse de su silencio y vagar descalza sobre la noche, embelleciendo, a su paso, todos los cuerpos solo con su radiación.”

Esa noche Luisant emprendió un viaje que duraría su vida entera.

Y así fue.

Alumbra es uno de los tantos nombres que colecciona la Luna, se disfraza y juega a enamorarse, pero jamás puede bajar a vivir, es la suave condena de los cuerpos lumínicos. En su tiempo libre contiene la angustia eterna de las tardes y la devastadora crisis de las mañanas.

No crean que se desarma en soledad durante el invierno, Alumbra vive acompañada de las luciérnagas que enamoró en algún momento, de todos los rincones del planeta, de todas las historias narradas, ella decide enamorar.

Pero nunca decidió sentir el calor de Luisant.

Sentirse acompañada, regalar su polvo lunar pincelado.

Y navegar en los ríos de miel que les proyecta el amanecer.

Al final del camino, la luz se desviste para todos.

Al final de esta historia, su luz se desviste para nosotros.

“Bailar vestidos de viento y amarnos bajo su luz”
-Una luciérnaga y su Luna. ■



Ademanes

Por Diego Rojas

Ilustrado por Diego Rojas

LA CHURRERÍA

DE MARCOS PAZ

PASTELERÍA • BOLLERIA • CHOCOLATERÍA

Cafetería  Licuados 
SERVICIO de Mate

Churros!



Rellenos de Dulce de Leche | Crema Pastelera | Bañados en Chocolate
Churros de Chocolate | Porras madrileñas | Churros Valencianos
Churros Bombóm | Churros Salados



Otras delicias

Tostados - Berlinesas



Donuts

Pastelitos

Waffles - Panqueques

¡Nueva sucursal
Mariano Acosta!
visítanos en Superí 679
(frente a la
cooperativa)

Marcos Paz

ARGENTINA

3132



“Donde viven los que no concuerdan” cuenta la historia entre Julieta y Gabriel, mejor dicho; Julieta y Gabriel cuentan “Donde viven los que no concuerdan” desde su rutina, desde la simpleza, desde donde cualquiera de nosotros la contaría.

28 de diciembre 1992

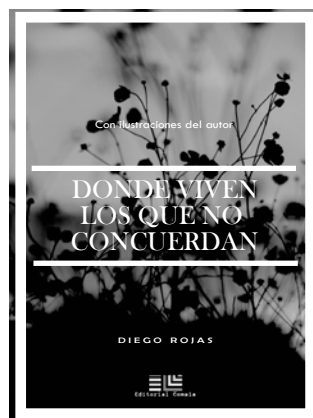
Me gusta tu pelo, la forma en que cae por tus hombros y lo quitás de tu frente, con o sin viento, ante la improbable de moverse o algún que otro mechón rebelde. Me gusta tu pelo y no porque sea suave, o porque con la luz correcta pareciera iluminar el cuarto, o porque cuando caminás danza al compás de tus caderas, no, me gusta tu pelo por el simple hecho de que es tuyo. Solo por formar parte de vos, solo por tener la gracia de ubicarse en el momento exacto cuando giras tu cabeza rápidamente y uno tras otro se van moviendo, van tomando una forma perfecta, dando la casualidad de parecerse a tu rostro, indefectiblemente el lado que sea, porque es tu pelo, solo porque es tuyo.

Hace unos días sucedió algo que no había notado hasta el momento, y tiene también que ver con tu pelo. Quedamos en vernos a las ocho de la noche en ese bar en Flores donde me contaste que te sentás a escribir a veces, y casualmente frecuento con el mismo fin. Me había puesto una camisa celeste, además de nervioso, un saco marrón, que ahora que lo pienso bien era de muy mal gusto. Esa tarde me afeité, y hasta me puse un perfume que compré esa misma mañana, y también nervioso.

Suelo ser extremadamente puntual, a veces pienso que llego más temprano que la misma hora, voy esquivando los minutos, ignoro los segundos y llego exactamente al mismo tiempo que había calculado, solo que un poco más temprano. Esa tarde no iba a ser la excepción, además de mi horrendo y escandaloso saco marrón llevaba conmigo la oportunidad de verte llegar. Me senté en la mesa de siempre, el mozo se acercaba y con un gesto intenté advertirle que estaba esperando a alguien, unos ademanes, los ojos más abiertos que nunca y creo haber levan-

tado las cejas un par de veces, todo lo que estuvo a mi alcance; entendió.

Miré la hora un par de veces, los minutos se sucedieron, en el momento justo, cuando la aguja más larga del reloj que me dejó papá se posaba en el doce y la que le precedía en longitud trastabillaba tras ella, entraste; primero fue un sonido que recorrió los rincones de mi mandíbula y se colocó en mis oídos, que automáticamente le avisaron a mis ojos que debía mirar hacia delante. Y ahí estaban ellos, posándose en la puerta principal que daba a unos seis metros de donde me encontraba yo. Atiné a levantarme cuando de momento a otro sacudiste tu cabeza para intentar dar conmigo en el concurrido lugar. Ahí, justo ahí me di cuenta que me gusta tu pelo. Todo se movió lento, pude sentir una mosca que volaba sobre la sopa de unos ancianos en busca de un indiscriminado chapuzón, olí las flores que al instante que llegaron a mis narices me di cuenta eran de plástico, recordándome las que tenía mamá en la chimenea de casa, que creo haberle regalado yo en algún cumpleaños o algo así. Todo se movió tan lento que hasta se detuvo. Y te vi, te vi unos años después dedicándome un poema, subrayando unos libros una tarde cualquiera en nuestra casa, te vi sonriendo detrás un cristal de algún almacén, encontrándome de casualidad, te vi en mi cama, tapándome los ojos para que no pudiera verte, tal cual sos, con tu pelo, con los aromas ineludibles de los besos, de todos los días que estaban pasando frente a mis ojos mientras entras a nuestra primera cita, te vi sacudir tu cabeza que acompañada con tu pelo dijeron “hola”, se sentaron, hicieron unos ademanes al mozo, le pidieron un café y sonrieron al tiempo que me preguntaron si estaba bien. ■



Sin voz

Por Wendy Esqueti

Inara estaba con sus padres cultivando en su campo ya que ellos eran la última familia aborigen que quedaba.

Inara era una niña muy curiosa y le gustaba investigar, pero un día se dio cuenta de que un hombre de piel clara había llegado a su hogar. Ella espiaba la conversación que tenían su padre y ese hombre, pero no podía entenderlos. Luego de que el hombre se fue, su padre llamó a toda la familia y dio la orden de tener que mudarse. La pobre estaba devastada con la noticia, tanto que salió corriendo del lugar a lo profundo del bosque. Tropezó con algunas bolsas y se cortó con una botella de vidrio mientras se acercaba una tormenta. Se quedó dormida en ese oscuro lugar, pero un ruido muy fuerte la despertó, se acercó al lugar de donde provenía el ruido y vio a más

personas de piel clara, pero estos estaban encima de monstruos amarillos que comían a los árboles y los hacían caer, luego vio como otro grupo quemaba los maizales que ella y su padre habían sembrado. Con lágrimas en los ojos se levantó y recordó su cortadura, pero ya no dolía, dolía más ver como esos monstruos destrosaban su hogar. Al intentar caminar a ese lugar sintió que alguien le tiró del brazo. Era su padre.

Ella trató de insistir para luchar contra ellos, pero su padre le dijo "Hija mía, aunque queramos esos monstruos no van a parar, no tenemos palabra que valga".

Pasaron muchos años y ella volvió a su viejo hogar pero ya no era igual, se encontró con fábricas y edificaciones; ya no era igual a cuando ella corría por el bosque. Ahora ya no habían pastizales, sino pisos duros y fríos. ■

ESTUDIO



Diez

arquitectura ■

- Anteproyectos.
- Planos.
- Reformas.
- Construcción en general.
- Trabajos en la Costa Atlántica y Club de Campo Las Hojas (M.Paz)

San Martín 88 - Marcos Paz C.P. 1727 - Bs. As.

Te. (0220) 477-0380 Ce. (02227) 15-412734

estudio10diez@gmail.com



Pulé

Por M. M. Álvarez

06/04/1988

El hombre observaba cuanto podía la silueta de su esposa por el espejo retrovisor. Le tomaba fuertemente de la mano, sin dejar de efectuar presión en la que estaba alrededor del volante. La pequeña maquina, a pesar de haber tenido un largo recorrido desde su adquisición en los 70's, aun continuaba dando señales de confianza. Más cuando una nueva vida llegaba al mundo y se contaba con su capacidad por sobrepasar los 90 km/h, para que la primogénita no naciera en el asiento trasero de aquel Volkswagen destartado.

La mujer respiraba entrecortadamente, apelmazando los dedos de su marido en un puño hermético, haciéndoselos crujir como finas ramas secas bajo una repentina fuerza inhumana. El *Cupido Motorizado* coleccionó al pisar una mancha de aceite en las afueras de la ciudad, pero sin llegar a desnivelarse del camino.

13/01/2013

Tenía doce años, se decía para sí Donatella y para nadie más, volteando hacia la tranquila corriente del arroyo. *Mi primer encuentro con el elemento, con el líquido de la vida, con el augurio de la muerte.* Rememora a su abuela, Cesca, la cual se hizo cargo de su crianza, corriendo pesadamente por el agua para abrazarla y sacarla de ese lugar. Sucedió un fin de semana como cualquiera. Habían ido a pasar la tarde con las reposeras, la canasta para el mate y los bizcochos de grasa hojaldrados que tanto les gustaban.

Las risas de las niñas retumbaban en el ambiente como diminutos espíritus del ayer. Así también los estruendosos sopapos de madres a sus hijos por los crueles comentarios acerca de lo que ocurría.

Donatella incitaba a su memoria a representar aquella secuencia plagada de detalles, donde ella emergía del agua y observaba su trajecito de baño de una pieza, y por debajo la nube roja, esparciéndose cuales ariscas raíces submarinas. *Humillante. ¿Nunca lo vas a soltar? Es como si la corriente*

hubiese grabado cada segundo y lo reprodujese cada vez que le diese la gana. Me detiene a mirarte el qué hubiera sido. Creo que odio ese recuerdo al igual que el hecho de nunca haber conocido a mis padres; la inocencia supurante, la maldad de los niños al descubrir que nadaba hacia mi abuela, arrastrando esa mancha roja, suspendida en el agua. Quería escalar la pequeña colina de la costa y limpiarme. Quería llorar en los brazos de mi abuela. Luego desaparecer, para siempre.

Hasta que hallé a la otra mujer y las cosas cambiaron.

La piedra chata rebotó tres veces en la superficie del agua, dibujando piruetas circulares en el aire para luego hundirse rápidamente en las profundidades cristalinas del arroyo, el cual atravesaba el apaciguado pueblo como una gran y zigzagueante serpiente. Dona se había sentado, pensante, sobre la hierba que crecía a un lado de la costa empinada, con un grupo de piedras adjuntas tan chatas como las que venía arrojando hasta ahora.

Por la mañana, frente al espejo, luego de haberse lavado el rostro y los dientes, se sorprendió al notarse los ojos mucho menos distanciados, como si estos se hubieran, en lo introspectivo de la noche, esforzado por llegar a las delicadas aberturas de su nariz. Hubo un cambio casi imperceptible, pero cambio al fin. Y en ese tóxico pretendía concentrarse en lo que restaba de sus vacaciones: Cambios. Su vida, como la de cualquier ser viviente, se regía por pequeños y grandes cambios. Por ejemplo, supuso un gran cambio el mero arrimarse al carmesí del labial, olvidado en un rincón mohoso del botiquín del baño; supuso un gran cambio el volver a pensar en él. Supuso muchos cambios la pacífica retirada de su abuela de este mundo. Ya iban a ser dos años desde que vivía sola en un departamento. Ya iban a cumplirse dos años desde que la casa de su abuela se puso en venta y en menos de un mes pasó a ser propiedad de una familia adinerada. Fue doloroso el solo elegir entre algunos adornos - replicas de palomas de diferentes tamaños y colores -, parte del deteriorado inmobiliario, algunos cuadros y fotografías de su juventud en Italia. A pesar de eso, el criarse junto a ella, significó la ventaja de heredar varios de sus dichos más celebres, que aplicaba con certeza y honor en los momentos más oportunos, esos en los que el dicho mismo

parecía enorgullecerse de ser mencionado. Con cuánta razón, con cuánta prudencia la anciana vapuleaba las mentes débiles, secas de palabras, con cuanta justicia ella tomaba como un expolio el asentimiento de quien los recibía.

Antes de partir se detuvo en la foto enmarcada. Era el único punto vivo en aquella fea pared de ladrillos. Su abuela, joven y radiante, ataviada con un traje de baño y capelina, le dedicaba una sonrisa a su hermanastra, quien bajo la sombra de un parasol rehusaba con una mueca de disgusto los buenos modales de su forzada pariente. Edith era su nombre. Ese mismo verano en que la foto fue tomada, el Mediterráneo se la tragó viva. Según su abuela la declararon muerta de forma prematura. Porque al cabo de unas semanas su cuerpo encallaba entre una formación rocosa. Donatella recordaba haberse tomado el cuello por reflejo, como si la exactitud del comentario le hubiese transmitido la carencia de oxígeno.

Edith, con ella había comenzado.

No pasa nada. Decía la anciana, años atrás, cuando la niña huía del arroyo y los niños la apuntaban con el dedo. *Es normal, hija. Completamente normal.* Y de repente sintió que ella se la zafaba de los brazos y se ponía a temblar. *Cambios. Cambios.* Donatella la estaba viendo y al instante supo que era diferente: Edith ensombreciendo la hierba con su parasol. Edith abriendo la boca en un inmenso cero oscuro; en un grito inaudible.

06/04/1988

La familia constaba de cuatro integrantes: el padre, la madre y los dos hijos varones.

Las vacaciones resultaron ser inolvidables. Así lo comprobaban la cantidad de sonrisas alojadas en la memoria de la cámara digital.

Ya se sintonizaba algo de material potable. Las interferencias aminoraron mediante se fueron acercando a la zonas urbanas. *¡Digan adiós a las estaciones evangelistas!* Estalló el padre, mientras la madre, exhausta, entonaba por lo bajo el estribillo de "It's a Heartache" de Bonnie Tyler, con la nuca apoyada en el respaldar del asiento, percibiendo el campo abierto que se sucedía ante sus ojos como una película en cámara rápida en la soledad nocturna.

“Ese mismo verano en que la foto fue tomada, el Mediterráneo se la tragó viva. Según su abuela la declararon muerta de forma prematura. Porque al cabo de unas semanas su cuerpo encallaba entre una formación rocosa.”

El hijo mayor, sentado con la espalda recta en la parte de atrás, procuraba dominar el sueño tamboreando el ritmo de la canción con los dedos sobre el hombro de su hermano menor, que acostado dormía en sus muslos tostados por el calcinante sol de la playa. Sus pensamientos iban y venían a lo largo de las cuerdas nuevas de su Fender. Jamás había ansiado con tanta urgencia traspasar el umbral de su cuarto.

Entonces el padre comenzó a insultar. Un automóvil venía con las luces altas por el carril contrario, yendo directamente hacia ellos. Nada parecía detenerlo. A último momento, y para respiro de la familia, el coche decidió cambiar el trayecto. Lo que no quitó que recibiera una fuerte oleada de obscenidades y dedos medios en alto.

La familia entera estaba despabilada.

Lo que nadie fue capaz de ver, por estar siguiendo el rumbo del malnacido, fue al escarabajo Volkswagen fuera de control que utilizaba la ruta por ambos carriles.

13/01/2013

Sobre el césped donde ella retozaba se distendía su preciado anotador de tapas blandas.

Al arrojar una de las piedras su mirada volvía,

afligida e indecisa, a las hojas manchadas por sus intentos de construir lo que planeaba denominar “Sainetes y Farsas”, donde satirizaría con verdadero goce la vida y obra de su pueblo. Firmando con su habitual *nom de guerre*: Pulé.

Decidió acostarse un rato, proporcionarle un descanso a sus ojos maltratados. En el suelo, con el cabello suelto, creando un hermoso abanico de bucles colorados como una rompiente de lava, alargó la mano y tomó el anotador. Lo sostuvo a la altura de su rostro, tapando así toda la cara del cielo.

Si existía algo que le proporcionara ideas eso era el movimiento de las olas y lo que ellas llevaban consigo. Podría tomarlas como pensamientos en constante hostigamiento con el mundo, *con los de afuera*. Sus mejores poemas habían surgido al ejecutar aquel ejercicio. De vez en cuando interrumpido por la capciosa sustancia de ciertos recuerdos. Pero en sí largaba todo el arsenal de piedras cuando la idea ya estaba conformándose en su cabeza. Creciendo. Esa sensación, la misma de muchas otras veces, cuando la ocurrencia no iba de la mano con las palabras concretas que ella pretendía utilizar, la experimentaba en ese momento. Para su tranquilidad, el hecho de que al menos se hallara a mitad de camino de la cruenta

“En el suelo, con el cabello suelto, creando un hermoso abanico de bucles colorados como un rompiente de lava, alargó la mano y tomó el anotador. Lo sostuvo a la altura de su rostro, tapando así toda la cara del cielo.”

cacería, lograba que atisbara un recodo de la belleza de dicha presa. Porque en eso consistía: perseguir al ciervo dorado a través de los peligros de un inmenso y frondoso bosque.

Detrás suyo una chica se acercaba, lenta, estudiando cada paso, bajando con cuidado para no tropezar y rodar por la pendiente. Dona, advirtiendo que alguien se aproximaba volvió a tener ante sí al inmenso y limpio firmamento con la vigilancia impertérrita de los sauces encorvados, y los álamos, inmóviles atalayeros, frescos por el tempestuoso clima acaecido el día anterior.

—¿Así es como se espera a que el ritmo vuelva por sí solo, Pulé?

06/04/1988

Abrió con dificultad la ventanilla de la Estanciera y el viento le pegó en la cara. Recordaba a un antiguo novio, su ex en realidad, el del pene de nueve centímetros que la penetraba con cara de cavernícola epiléptico, azotándola, tirándole de los pelos, preguntándole si le gustaba su “Masa de Carne”, cuando lo que parecía era más un torpe chimpancé sin experiencia, tratando de extraer hormigas de un agujero en la tierra con una vara enjuta y flácida. Pero ahora tenía puestas todas sus esperanzas en el chico que estaba sentado a su lado: un joven atleta, que si la vida no aplastaba en su camino, lograría forjarse una excelente carrera como lanzador de jabalinas. El muchacho era, por sobre todas las cosas, prolijo y con una reserva de cariño que pretendía dar a conocer cuanto antes.

Se lo notaba tenso y sudoroso. Hasta entonces eso a la chica la trajo sin cuidado. Se habían estado besando y sus curiosas manos llegaron a tantear una inesperada sorpresa debajo del pantalón de corderoy.

Para romper lo incómodo del silencio ella tomó la perilla y subió el vidrio. Se dio cuenta que la puerta estaba mal cerrada pero por alguna razón no quiso insistir en movimientos azarosos. Del otro lado quedaron la noche y su agradable perfume silvestre. Perfume que sirvió para que el interior del coche quedase ventilado y purgado del tufo a encierro. Entonces sucedió algo mágico, como suelen suceder las cosas más espontáneas en la vida: la luz de la luna cayó sobre el rostro

del chico como un velo azul, haciendo resaltar sus rasgos más hoscos y varoniles, y dejando por el momento fuera de juego a las perforaciones de acné en sus mejillas. *Irresistible*, pensó ella. Y sin dudarle se lanzó sobre él.

Poniendo a prueba las prehistóricas suspensiones de la Estanciera postrada a un costado de la ruta, la carrocería empezó a mecerse de un lado hacia otro.

Más tarde, el discurso de la chica con respecto a que el concepto de virginidad era una estupidez inventada, como no, por los brutos de la iglesia, dejaron perplejo al muchacho, que continuaba sudando, pero por una cuestión mucho más arraigada y placentera. Aun fatigado y con los pantalones hasta las rodillas en el asiento delante de la Estanciera, seguía la fascinante perorata de su iniciadora. *¡Rechaza la virginidad!* Decía a voz en cuello. *¡Tener sexo por primera vez no significa PERDER NADA! Me refiero a por qué consideramos nuestra primera experiencia con todo lo demás como una primera experiencia pero con el sexo, por alguna razón, asumimos que*

perdemos algo. No es que solamente me moleste eso de que de repente nos volvamos impuros o corruptos, es que me parece sexista y altamente degradante. Osea si se la chupas a alguien, no pasa nada. Ahora si metés o dejás que alguien te meta a su amiguito en tu sitio immaculado ya está, adiós a tu otra vida, ahora sos de los que PERDIERON. ¡Y no es para nada cierto! Uno GANA, no pierde. La experiencia, de más está decir, hace al ser humano. Y hoy, bebé, te vas a casa hecho un millonario.

La manera en la que las palabras brotaban de aquella boca roja de labios carnosos le hizo mantener firme la erección. Crudeza y amparo perfectamente concentrados. El muchacho tomó su miembro y comenzó a jalárselo. Subiendo y bajando. Primero lento luego con rapidez. Al ver lo que éste hacía, ella se sorprendió por su valentía. *Dejame que yo lo hago.* Le dijo con ternura la muchacha.

Luego vinieron las luces, claro.



El Establo

Vaquería Unisex

Independencia 117/123 - Marcos Paz - 477-0722

(Aceptamos todas las tarjetas de débito y crédito)

Lunes a sábados de 9 a 13 / 16.30 a 20.30

13/01/13

Cuando ambas se encontraron allí abajo, próximas al cauce del arroyo, ahora un poco más embravecido, vigilaron que nadie anduviera alrededor y por consiguiente unieron sus labios en un beso húmedo y prolongado. Al parecer el costado desmoronado del cráneo de la chica no presentaba molestia alguna para Donatella, como así también la falta del globo ocular de aquella zona de la cara.

—Esto te va a encantar. —le dijo la muchacha una vez que sus bocas hinchadas y absorbidas quedaron separadas tras un potente *chuik*.

Los delgados dedos de Dona se perdieron entre los mechones de la rala melena de su novia. Por debajo de ellos sintió con fascinación como el cuero cabelludo cedía ante el liso hueso por donde había deslizado las yemas.

—¿Qué es lo que veo?

—No sé, ¿qué es?

—Con que dejaste atrás el complejo de fea y ordinaria.

—¿Por qué lo decís?

—Te pintaste. Me gusta ese color; hasta sabe bien.

Subieron por la costa empinada y se dirigieron hacia la calle. Más allá de esta, y por sobre la vereda, se alzaba un bloque de metal hueco que servía de kiosco.

—Tenés que ver esto.

—¿Historietas? ¿Qué es lo ...- Empezó a preguntar Dona con un dejo divertido, pero ya no había nadie a quien dirigirse. Acostumbraba a hacer eso, desaparecer, cosa que le ponía los pelos de punta ya que el juego precedía al imbatible acto de la posesión. Pero esta vez fue diferente. Esta vez oyó su voz como saliendo del interior de una cueva, desde el centro mismo de su cabeza.

—En retrospectiva hasta el más imbécil se habría dado cuenta de que todo el embrollo fue por tu culpa. Pero me costó. Eso sí. Me costó.

—¿De qué estás hablando?

—No existimos permanentemente. Más que nadie deberías entender lo que este plano hace con nosotros.

A Donatella le sorprendió la modificación en su voz. No le terminaban de caer del todo esas palabras. Estaba convencida, o trataba de convencerse, de que no

eran para ella. ¿Pero para quién más?

—El suelo era áspero...

—A ver, por favor, ¿podés decirme qué te pasa?

—Me sentía feliz, eso. Por una vez en la vida me sentía feliz.

Sentía que había ganado lo que tanto merecía. Ángel mío, si lo hubieras visto. Trató de poner sus manos detrás de mi cabeza para que no explotara contra el vidrio del coche. Pero la ironía está en todas partes, ¿no es así? Es una peste graciosa, hilarante. Porque fue su propia frente la que me destrozó cuando nos arrollaron y el interior se transformó en un acordeón de metal y cristal pulverizado. Me quiso proteger del choque y terminó partiéndome la crisma donde vos ya sabes. La puerta de mi lado estaba solo apoyada y salimos despedidos. A mi izquierda todo era oscuridad. Su cuerpo, la parte de atrás de su cuerpo ya no estaba. La mejor versión de un hombre decente, genuino, que por arbitrio o capricho, la vida puso frente mío, solo era una feta sanguinolenta junto a lo que quedaba de la Estanciera. Carne mutilada, cortada como con esas máquinas para fiambres. Y he aquí otra razón por la que estoy frustrada, bullendo como un volcán. Aunque yo me desangraba y veía la mitad de ese

“Me quiso proteger del choque y terminó partiéndome la crisma donde vos ya sabes. La puerta de mi lado estaba solo apoyada y salimos despedidos. A mi izquierda todo era oscuridad. Su cuerpo, la parte de atrás de su cuerpo ya no estaba.”

pobre chico extendida en el suelo, el suelo áspero, en lo único que pensaba era en esos grandes manuales de anatomía. ¡Mierda! Es que no sé si me estás entendiendo a donde voy. ¿Somos capaces de tanta insensibilidad aun cuando se escurre nuestro último halito de aire, nuestra última chispa de vida? Vos me hiciste descubrirlo.

Donatella escuchaba pero no captaba hacia donde iba el dialogo. ¿Podría estar haciendo referencia al momento en cuando perdió la vida? *El desliz de un conductor*. Fue la escueta respuesta que recibió años atrás al indagarla sobre la causa de su muerte.

Mientras tanto, el tipo que regentaba el kiosco, un hombre de cuarenta y algo de años, con una boina abrigando la cana esfera que tenía por cabeza, veía como la muchacha giraba en torno a sus talones, buscando a alguien o a algo. Decidió no meterse en asuntos ajenos, pero cruzó un gesto de complicidad con una mujer que pasaba por allí. Un gesto que podría haberse interpretado como: ¡Los jóvenes de hoy!

—¿Te reto a que observes.

Una ráfaga de viento tiró el primero de una pila de diarios nuevos hacia los pies de Donatella. En grandes letras negras el titular rezaba: *Muere de un infarto el famoso guitarrista de "Antídoto"*.

Al igual que su hermano, el corazón de este hombre dejó de latir a mitad de la noche: muerte súbita.

—Pero no lo conozco.

—Se jactaba de haber sobrevivido al terrible choque múltiple del 88'.

—¿Qué? ¿A qué viene todo esto? —dijo Dona en un hilo de voz. Los oídos le zumbaban y la boca se le había secado hasta el punto de que su lengua no era más que una alfombra entremedio de sus dientes.

—Pensé que habían sido ellos. Los culpé impulsivamente por el hecho de que su auto fue el que nos hizo pedazos. Pero nunca recapacité. Nunca me detuve a ver más allá: alguien podía haber causado el que la familia viniera hacia nosotros como una bala perdida. Alguien tuvo que haber prendido la mecha del desastre.

—¡Pero por favor, reacciona! Acá dice que la tragedia ocurrió en 1988, yo apenas...

Y de repente algo se le trabó en la garganta, como una pelota de goma invisible. Estudió de cerca la fecha completa del accidente en una re-

“—Pensé que habían sido ellos. Los culpé impulsivamente por el hecho de que su auto fue el que nos hizo pedazos. Pero nunca recapacité. Nunca me detuve a ver más allá: alguien podía haber causado el que la familia viniera hacia nosotros como una bala perdida.”

cóndita parte del papel.

—Ahí es donde radica todo el asunto. En la última visita que le hice al tipo del que hablan en el diario, me topé con una revelación. Con una simple frase até los cabos sueltos. Él dijo: *Entre tanta destrucción y llanto pude presenciar algo hermoso*. ¿Y qué podría ser eso? ¿algo hermoso? Me pregunté, ya que a esa altura el sujeto había dejado de respirar. Entonces lo supe. No todos los padres eran padres aquel día. El secreto estaba en un escarabajo Volkswagen. Luego quedó el rastreo, ofuscado de vez en cuando por las intermitencias que trae el deambular por estos lados. Así fue como de un reguero de sangre manó la vida. Del caos surgió la luz.

—¡Pero no, esperá!

Donatella ya no podía oír esa voz que tantos consejos y cumplidos le había obsequiado en el pasado. Ahora involuntariamente su cuerpo se dirigía hacia la ruta. Otra vez aquel juego de la posesión. Otra vez la broma.

—¡¿Y si vuelvo?!

El kiosquero la oyó y quiso detenerla.

No pudo. ■

Janóvice

(1970)

Por Marco Denevi



Después de cuarenta años de servicios, el señor Bolislav Janóvice se jubiló en el cargo de oficinista de los Grandes Depósitos del Estado. Era un hombre enérgico, laborioso y un extremo eficaz. Sus compañeros le ofrecieron un banquete al que asistió el jefe de la oficina, el señor Kyrť (señal del alto aprecio que sentía por el señor Janóvice). Al término del banquete todos los presentes abrazaron al señor Janóvice. El señor Janóvice lloró y dijo que jamás los olvidaría. La señorita Vseruby, con lágrimas en los ojos, le juró que tampoco ellos lo olvidarían. El señor Kyrť, en nombre de todos, le regaló una medalla y el señor Janóvice volvió a llorar. Después el señor Kyrť observó que era muy tarde y se fue a dormir. Pero los compañeros del señor Janóvice lo arrastraron a una taberna y allí el señor Janóvice se puso alegre y, por tercera vez en esa misma noche, lloró. Todos los demás, igualmente alegres, llora-

ron con él y la señorita Kaplick lo besó.

Al día siguiente el señor Janóvice, ante la estupefacción general, apareció en la oficina. Dijo que la fuerza de la costumbre lo había hecho levantarse temprano y dirigirse a los Grandes Depósitos.

—Cuarenta años no son un día —explicó.

Además sentía la nostalgia de su oficina, el deseo de seguir viendo a sus queridos camaradas, el temor de que en su ausencia se presentasen problemas que quizá sólo él podría resolver.

—Sigo estando a sus órdenes, señor Kyrť —dijo.

Los demás oficinistas pusieron cara de fastidio, lo saludaron fríamente y en todo el resto del día no le dirigieron la palabra. Pero el señor Janóvice no se dio por enterado y como si todavía fuese oficinista iba y venía por la oficina, impartía instrucciones y consejos y hasta se atrevió a corregirle un error a la señorita Kaplick.

—¿Qué se creará ése? —murmuró a sus espaldas la señorita Kaplick.

En cuanto al señor Kyrť, se encerró en su despacho.

—No quiero ver al señor Janóvice —le dijo a su secretaria—. No quiero verlo más.

El señor Janóvice había sido el mejor empleado de la oficina. Todos lo reconocían. Pero no estaba bien que, después de haberse jubilado, siguiera concurriendo a los Grandes Depósitos y se entrometiera en la labor de los oficinistas.

—Señor Janóvice —le aconsejó uno de sus antiguos compañeros al finalizar el día—. No vuelva por aquí. No es conveniente para su salud.

—Al contrario —contestó el señor Janóvice—. Es un placer. ¿Qué haría en mi casa? El tedio y el ocio me matarían. Por otra parte, después de cuarenta años este es mi verdadero hogar, ustedes son mi única familia. Los echaría de menos. Me moriría de tristeza. Volveré mañana.

Al otro día volvió, pero sus compañeros ni siquiera lo saludaron. Hicieron como que no lo veían. El señor Janóvice, de golpe, se dio cuenta y sintió que se ruborizaba de mortificación. Pero

estaba dispuesto a todo con tal de que le permitieran permanecer en la oficina, de manera que renunció a impartir instrucciones a los oficinistas y en cambio se dedicó a servirles té, a convidarlos con cigarrillos ingleses y, hacia el fin de la jornada, a recoger los papeles y barrer el piso.

—¡Vergüenza debiera darle! —gritó la señorita Vseruby, quien en otro tiempo le había demostrado simpatía y hasta se había llegado a creer que eran novios.

El señor Janóvice, mortalmente pálido, imploró:

—Por Dios, señorita Vseruby, no se enfade. Cuarenta años no son un día.

Pero la señorita Vseruby continuó vociferando: —¡Vergüenza! ¡Vergüenza!

Cuando el señor Janóvice era la mano derecha del señor Kyrť nadie le levantaba la voz (salvo el señor Kyrť), porque sabía más que cualquier otro (incluso más que el señor Kyrť) y porque tenía un carácter enérgico que no toleraba insolencias. Pero ahora la señorita Vseruby, siempre tan tímida, le gritaba y el señor Janóvice debió aguantarle los gritos.

Volvió al día siguiente, se ubicó en un rincón y desde allí, sin moverse, sin mover más que los ojos, sin pronunciar una palabra, observaba a sus compañeros. De vez en cuando suspiraba. A ratos lloriqueaba. Y si algún oficinista pasaba junto a él, el señor Janóvice le ofrecía silenciosamente un cigarrillo, que el oficinista tomaba mirando para otro lado y sin darle las gracias. El joven Trineck contó que a él le ofreció dinero, pero que él no había aceptado.

Cada tanto la señorita Vseruby decía en voz alta:

—¿Cómo se permite la presencia de intrusos?

O decía:

—Una oficina no es un paseo público.

Y la señorita Kaplick agregaba:

—Ni un asilo de inválidos.

Estas frases eran acompañadas por las risitas irónicas o los murmullos de indignación de los hombres. El señor Janóvice palidecía, se sonrojaba, suspiraba, lagrimeaba, pero no abandonaba su sitio. Hasta que el señor Kyrť abrió violentamente la puerta de su despacho, irrumpió en la oficina y le gritó al señor Janóvice:

—Le concedo un plazo de tres minutos para que salga de aquí.

El señor Janóvice, con una expresión de terrible congoja impresa en el rostro, les tendió la mano a sus queridos camaradas (pero ellos, inclinados sobre sus escritorios, lo dejaron con la mano tendida) y salió.

No obstante, según se supo luego, no abandonó el edificio de los Grandes Depósitos. Anduvo todo el día recorriendo los pasillos y entrando en distintas oficinas. Cuando alguien lo confundía con una persona del público y le preguntaba:

—¿Qué desea?

El respondía a toda prisa:

—Busco la oficina X.

—Esta no es la oficina X —le decían—. La oficina X está en tal y tal piso.

Entonces él simulaba dirigirse hacia la oficina X, aunque en realidad la había nombrado sólo para salir del paso.

Esto se repitió durante varios meses. Hasta que todos, en los Grandes Depósitos, supieron que el señor Janóvice, ese hombre pálido y melancólico que deambulaba por los corredores y fingía buscar una oficina, era un antiguo oficinista del señor Kyrť que se había jubilado y que sin embargo se negaba a disfrutar de su jubilación. La conducta del señor Janóvice fue severamente juzgada. Se lo consideró un loco, un elemento subversivo, un motivo de escándalo, en fin, una persona cuya compañía resultaba peligrosa.

“Volvió al día siguiente, se ubicó en un rincón y desde allí, sin moverse, sin mover más que los ojos, sin pronunciar una palabra, observaba a sus compañeros. De vez en cuando suspiraba. A ratos lloriqueaba”.

En los primeros tiempos todos se limitaron a rehuir su proximidad, como si el señor Janóvice padeciera algún mal contagioso. Pero en vista de que el señor Janóvice, a pesar de los ostensibles desaires con que se lo trataba, seguía concurriendo diariamente a los Grandes Depósitos, se recurrió a otros medios más drásticos. Apenas lo veían aparecer todos se escondían detrás de las mesas, clausuraban las puertas, se encerraban en los cuartos de baño. El señor Janóvice vagaba como un fantasma por corredores de pronto vacíos, golpeaba débilmente con los nudillos en las puertas cerradas con llave, subía y bajaba escaleras extrañamente desiertas. Pero con inaudita terquedad volvía al día siguiente y había que repetir todas aquellas maniobras, nadie trabajaba, jefes, oficinistas y público fueron presas primero de la cólera y después del pánico.

Hasta que se optó por llamar a la policía. Un ejército de gendarmes invadió los Grandes Depósitos y comenzó la caza del señor Janóvice en medio del regocijo general. Pero el señor Janóvice no fue hallado y los gendarmes, deslomados, in-

“El señor Janóvice vagaba como un fantasma por corredores de pronto vacíos, golpeaba débilmente con los nudillos en las puertas cerradas con llave, subía y bajaba escaleras extrañamente desiertas”.

Distribuidora
Pareta 

Ventas por mayor y menor en artículos
de mercería, lencería, lanas, telas,
accesorios para moda y fantasía



Sarmiento 2055 - Marcos Paz (Pcia. de Bs. As.)

(0220) 477-1083 / 6541

info@distribuidorapareta.com.ar

www.distribuidorapareta.com.ar

“Desgraciadamente, esas esperanzas se vieron pronto defraudadas. El señor Janóvice, a fuerza de recorrer el edificio, conocía todo sus recovecos y había logrado eludir a sus perseguidores. Pero pronto hubo pruebas de que seguía allí y, lo que es peor, de que vivía en los Grandes Depósitos”.

terrumpieron la persecución y se fueron. Todos pensaron que el señor Janóvice había por fin escarmentado y no volvería más, y respiraron.

Desgraciadamente, esas esperanzas se vieron pronto defraudadas. El señor Janóvice, a fuerza de recorrer el edificio, conocía todos sus recovecos y había logrado eludir a sus perseguidores. Pero pronto hubo pruebas de que seguía allí y, lo que es peor, de que vivía en los Grandes Depósitos, quizás en los subterráneos, quizás en las mansardas. Durante el día se mantenía oculto, durmiendo o tal vez espionando, desde rincones que sólo él dominaba, el ir y venir de los oficinistas y de las personas del público. Por la noche salía sigilosamente de su escondite, atravesaba las galerías y los salones a oscuras, se dirigía hacia la oficina del señor Kyrst, encendía una luz y se ponía a trabajar. Esto era lo que adivinaban sus antiguos compañeros, pues todas las mañanas notaban que una mano misteriosa había modificado sus informes y corregido sus cuentas, y esa mano no podía ser otra que la del señor Janóvice. Además los restos de merienda que dejaban los oficinistas habían desaparecido. Los serenos juraban no haber visto jamás al señor Janóvice, pero seguramente

mentían para no descubrir que en vez de vigilar el edificio se pasaban la noche jugando a los naipes. Salvo que el señor Janóvice se hubiese vuelto invisible, hipótesis que no todos descartaban.

El proceder del señor Janóvice no hubiera sido censurable si no fuese porque sus intervenciones comprometían el buen trámite de los expedientes y alteraban los sistemas de trabajo. Porque el señor Janóvice se había jubilado hacía ya mucho tiempo y no estaba al tanto de las novedades. Seguía adherido a viejas rutinas, ignoraba el manejo de las computadoras, usaba un lenguaje arcaico. Todas las mañanas había que rehacerlo todo.

El señor Kyrst chillaba:

—¿No hay forma de librarnos de él?

Los oficinistas más jóvenes, agazapados en la oscuridad, esperaron una noche al señor Janóvice. Pero el señor Janóvice, esa noche, no se hizo ver. Lo esperaron varias noches seguidas. Pero el señor Janóvice, enterado no se sabe cómo de la trampa que le habían tendido, no apareció. Apenas los jóvenes abandonaron su vigilancia, el señor Janóvice reanudó sus perjudiciales excursiones nocturnas.

—No tardará en morir —había dicho una vez el señor Kyrst—. Porque, si no me equivoco, debe de tener alrededor de ochenta años.

El nuevo jefe de la oficina recordó estas palabras la noche del velatorio del señor Kyrst. También las recordó la señorita Vseruby el día en que se jubiló. Y las repitió con ligeras variantes (noventa años en lugar de ochenta) el señor Trineck cuando lo designaron jefe de la oficina en reemplazo del sucesor del señor Kyrst.

Pero el señor Janóvice no se muere. Los nuevos oficinistas, que no lo conocieron, piensan que el señor Janóvice jamás existió. Y atribuyen las misteriosas alteraciones introducidas durante la noche en el trámite de los expedientes a un fenómeno al que designan con el nombre del señor Janóvice. Es inútil que la señorita Kaplick, con su cascada voz de anciana, quiera contarles la historia del señor Janóvice. Los nuevos oficinistas se burlan de la pobre señorita Kaplick.

—¿El *señor* Janóvice? —dicen, riéndose con todo desparpajo— ¿El *señor* Janóvice? ¿Qué lenguaje es ese?

Sí, porque ellos prefieren llamarlo simplemente Janóvice. ■

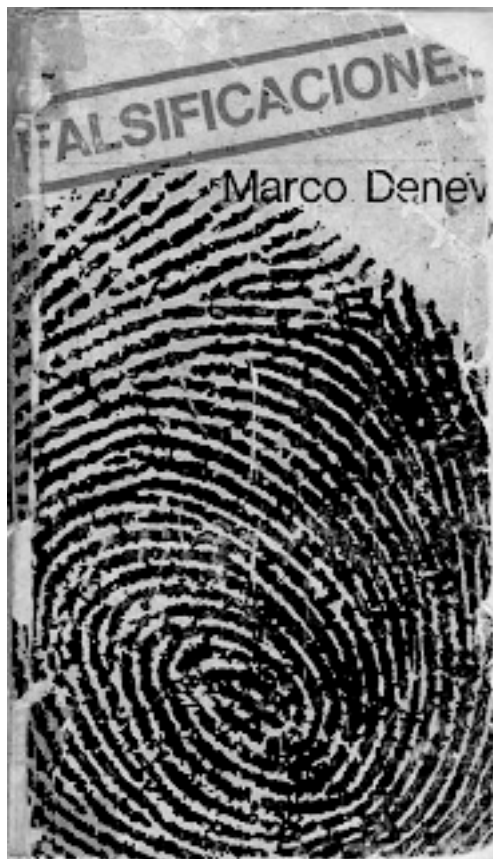
Sustituir la identidad, *esencia literaria de Marco Denevi*

Por Alejandro Torres

La palabra *sustituir* proviene del latín *substituere* que significa “poner junto a, debajo o en lugar de”. Esta última acepción es la impostura que desarrolló Marco Denevi en la mayor parte de su obra (principalmente en las novelas). Podría decirse que la falsificación forma parte importante también de su obra, ya que la acción de falsificar es tomada como alteración de una cosa para desarrollar otra. De esta forma, Denevi, se encargó de que sus personajes sustituyan o sean sustituidos *poniendo en lugar de* (o falsificando) quienes eran, a otros. Nos encontramos así con engaños irrisorios que denotan estilo y hasta esencia de un autor olvidado en los anaqueles de las bibliotecas argentinas.

Poniendo algunos ejemplos, tomando primeramente su libro *Falsificaciones*, libro que se presenta como una enciclopedia apócrifa de poemas, relatos, fábulas, y representaciones teatrales, entre otros textos consagrados de la literatura universal, el autor actúa bajo nombres de su invención (aunque cuenta también con el aval de aquellos consagrados, no sic), bajo la autoría de quien *no quiere que se sepa su nombre*. Esta recopilación de historias probables, denominada *Ucronía*, tiene algo que la diferencia de cualquier texto: la versión dada es tan válida como la que aceptamos previamente como verdad. Hay en estas falsificaciones un velo de sustitución que atañe toda la obra. Así, la falsificación y la sustitución se cruzan buscando generar un resultado verosímil: *la realidad*. Se presenta en toda la obra un reemplazo de lo popularmente conocido: desde el autor mismo bajo un velo de misterio literario que no revela su nombre y actúa bajo otro, hasta escritos como la otra verdad sobre Nerón (Biografía secreta de Nerón), la de Romeo y Julieta (*The female animal*) o la de Isabel de Inglaterra (La reina virgen), entre muchos otros

Pero la sustitución de identidades no se da solo en sus *Falsificaciones* (donde lo evidencia desde el título), sino también en toda su obra. Tomando algunas de sus novelas como ejemplo: *Rosaura a las diez*, su primera novela, publicada en 1955, y su más reconocida obra, tiene como eje argumental la búsqueda de la verdad, la comprobación de la verdadera identidad de Camilo Canegato (un pelele sin identidad) y de Rosaura (la inexistente personificación de los deseos más oscuros de Camilo), quienes dicen estar enamorados y a través de cartas demuestran sus encuentros semanales despertando el interés de todos los inquilinos de La Madrileña y despertando todo tipo de

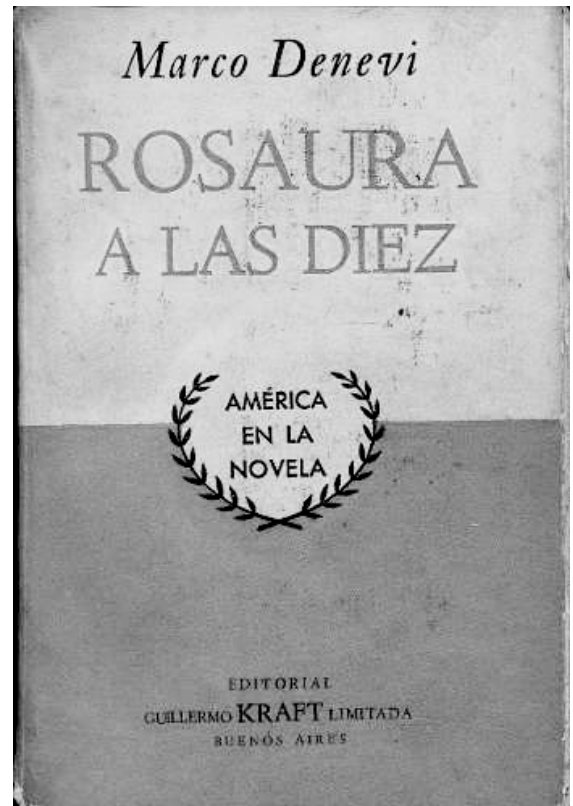


conjeturas sobre quién es realmente Camilo, ese ser inquietante e intrigante que poco dice. La condición humana es puesta en evidencia de manera irónica ya que *Rosaura a las diez* puede ser visto como un gallinero: *“Hay a lo mejor en el gallinero un trozo de comida, pudriéndose en el barro. Ninguna lo recoge. Pero basta que una empiece a picotearlo, para que todas se lo disputen y corran por el gallinero quitándose unas a otras el pedazo de bazofia, y hasta son capaces de pelearse por él y de ensangrentarse las crestas”*. Denevi propone aquí un juego de identidades que obligan al lector a permanecer atento, en vilo, durante toda la narración, para no perder detalle. Pequeños pasajes nos van dan la clave del enigmático monólogo de cada personaje. En su confesión, David Réguel, reflexiona sobre la realidad de las cosas: *“Yo no soy de aquellos que no ignoran que la realidad tiene dos caras, que dos caras, veinte caras, cien caras, y que la cara que más a menudo nos muestra es falsa y hay que saber buscarle la verdadera”*. El autor desnuda aquí la trama dando la pista de que existe en cada persona un yo que protege al que vemos cotidianamente. Denevi no acepta como válido el demostrar que uno es lo que muestra, sino que somos quien no decimos ser: *“...unos a otros nos aprehendemos por la forma y pensamos estúpidamente que la forma es siempre el signo fiel de la sustancia. ¿Y cuando no lo es? ¿Cuando la forma expresa lo contrario de lo que es la sustancia? ¿Cuando la forma traiciona a la sustancia? ¿Quién mitiga ese error? El jorobado y el enano que la gente ve pasar a su lado tal vez sean más infelices que lo que la gente cree, porque la gente cree que el ser del enano y del jorobado también es enano y jorobado, y quizá no, quizá no. Quizá el ser del contrahecho sea el mismo ser del hermoso, pero pretendemos que el contrahecho viva según su forma, y ahí está la tragedia, porque la forma no se vive, la forma se percibe, y se percibe desde afuera”*. Lo superfluo de la sociedad nos exige mostrar la cara que no queremos, porque en el medio, la cara que interactúa con los otros, hay juicios, hay tragedias, hay violencia, y eso obliga a ser de una forma que solo lleva a esconder su verdadera identidad.

El final de la novela es una revelación tras otra. Camilo esconde un secreto oscuro que revela identidades que pasaron desapercibidas. La narra-

ción de *Rosaura a las diez* demuestra los distintos puntos de vista de una situación, y demuestra lo distinto que somos unos con otros, las diferencias de creer en una sola verdad cuando la verdad es tan solo, como decía Nietzsche, *“la mentira más creíble”*. El final de *Rosaura* deja un sabor que no solo sorprende, sino que también nos hace sentir engañados. Esa era la proposición literaria de Marco Denevi: ¿Somos, realmente, quienes creemos que somos? ¿Son, realmente las personas, quienes dicen ser? Creo, sin responder rápidamente, que no, no lo somos ni lo son. Este es el punto de partida de Marco Denevi. Esa falsificación y sustitución de identidades comenzó copiando el recurso polifónico de William Wilkie Collins de *La piedra lunar* (1868), para la estructura narrativa de su primera novela. Un atisbo de la sustitución (sin dejar de lado que somos los libros que leemos, que parte de cada autor leído se convierte en una parte nuestra) a la que recurrirá en gran parte de su obra literaria.

En su segunda obra más reconocida, *Cermonia secreta*, publicada en 1960, la intrincada argumentación de la sustitución de identidades



Andorra's

RESTO

☎ 011-5199-3930

f Andorra Marcos Paz Resto

@ Andorra.MarcosPaz.Resto

INDEPENDENCIA 462 -- MARCOS PAZ

♦

**VISITANOS DONDE VOS PREFIERAS
TODOS LOS DIAS DESDE LAS 08.00
HASTA LAS 24.00.**

♦



Andorra's

☎ 011-5031-5938

f Andorra El bodegón del Pueblo

@ Andorra.ElBodegon.del.Pueblo

BELGRANO Y PELLEGRINI -- MARCOS PAZ

reside principalmente en el comportamiento de los personajes y sus motivaciones oscuras que activan esos mecanismos de sustitución. Porque no es un trastorno de personalidad disociativo lo que lleva a Leonides Arrufat a convertirse en la difunta Guirlanda Santos y a la revivida Guirlanda en Anabelí Santos, sino la situación: encontrarse con Cecilia, una muchacha *border* que le ofrece ser útil cumpliendo el rol de su madre difunta, que le ofrece una vida de lujos y halagos, que le da un sentido a su carente vida más allá de la horrible soledad a la cual se encuentra sometida ocupando un espacio de aquella misteriosa casa de Suipacha 78. Llevada por esta ceremonia misteriosa sufre la transformación conciente de su *yo* tomando el lugar de Guirlanda Santos.

Estas personalidades que Leonides asimila como su esencia se dan casi al final de la novela. “...le figuró que Anabelí Santos dejaba de ser una criatura fingida, cobraba dimensiones reales, estaba ahí, viva, y le dirigía una suerte de larga admonición.” Admonición que no hace más que reafirmar estas falsas personalidades, donde se invita a sí misma convenciéndose de que aquella vida “caída del cielo” fue un regalo, un escape a su miseria personal.



Leonides comienza así un monólogo en el que deja en claro ser consciente de sus otras personalidades, y que voluntariamente no niega, pero que asume como una responsabilidad llevada quizá por la culpa o la empatía. “*Es una ciudad consagrada al ángel. Un santuario en el que no se oficia otro rito que el del más puro amor. Y es a ti, a ti sola, a quien le ha franqueado la entrada. ¿Qué más querías? Durante treinta años peregrinaste entre rechazos. Y ahora que habías sido admitida, te bastó saber sobre qué subsuelo de muertas escorias había sido edificada la ciudad para que, frunciendo la nariz, te alejes. Leonides, eres una estúpida. [...]*” Tras una larga charla en la que le es develado el misterio sobre Cecilia, decide escapar, pero aquella admonición la prevé de algo peor, y así emprende su retorno a la casa de Suipacha 78 donde Cecilia la estaba esperando afuera de la misma: “...nadie es testigo de cómo esos dos pobres seres se precipitan el uno al otro, cómo se abrazan y lloran, y entran en la casa del número 78 [...]”. Hasta develar la verdad: “*Leonides Arrufat, Anabelí Santos, Guirlanda Santos, las tres simultánea y alternativamente ríen y lloran y besan a Cecilia...*” Al final de esta *nouvelle* asistimos a que, luego de varias resoluciones por obra de sus falsas personalidades, Leonides resuelve el misterio que la llevó a aquella casa y vuelve a su personalidad primera cerrando la interrogante de no saber hasta qué punto podía controlar a Guirlanda y Anabelí.

Marco Denevi, aparte de ser un novelista empedernido, fue un gran cuentista. Dos cuentos que tienen bien marcadas las cuestiones existenciales de la sustancia, del ser, de la esencia y la sustitución son *La cola del perro* y *La existencia y la esencia*.

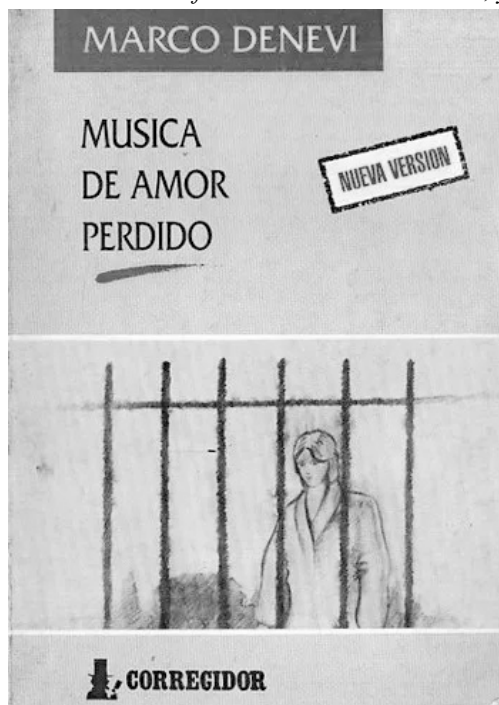
En primera instancia, son fábulas que tratan el tema de la identidad y la esencia como eje central, dando pie a interpretaciones múltiples. Sobre una primera lectura, *La cola del perro*, habla de la lealtad del animal hacia quien considera su amigo, hacia el Hombre, ya que lo último que hace el animal antes de expirar es mover una vez más la cola a aquel que mitigó su existencia. Pero también podría suponer que desde el inicio plantea la pérdida de la esencia a raíz del ocultamiento verdadero del hombre. Es decir, el Hombre obliga al Perro a no mover más su cola. Y

aquí los motivos no son realmente dichos, sino más bien alegados por una arbitrariedad de la naturaleza social humana. El Hombre impone al perro el desconocimiento de su esencia, para obligarlo a activar estos mecanismos que lo llevan a tener que sustituirla por la de (a los ojos de los demás) un lobo. *"Es un estremecimiento que se desliza por la espina dorsal, de la cabeza a la cola. Cuando llega a la cola, la cola, sin que yo intervenga para nada, se mueve"*. Alegando el Perro su naturaleza inevitable, opta el hombre por la fiereza, y a punta de garrote vuelve al animal alguien carente de sensibilidad que solo responde con violencia desmedida.

En cambio *La existencia y la esencia* se posa en la realidad sartriana de que el hombre empieza siendo nada y será después tal como se haya hecho. En este sentido, quiero decir que, los animales sienten la necesidad de una reafirmación de su identidad y piden al Hombre que se les provea un documento que exhiba quién es quién para evitar que otro animal se haga pasar por ellos. Pero esta fábula lo que busca es poner en cuestión la necesidad de la estereotipia en el hombre, producto de la masificación. La despersonalización y el encasillamiento que la sociedad dispone, para control, legitimación o quién sabe qué. Ese rol de Institución de centralización en este caso lo cumple el Hombre, *"la firma del Amo certificaba la veracidad se esos datos"*. Después de todo, como decía Sartre, *"La existencia precede a la esencia"*, es decir, primero se nace y después cada quién se hace. La esencia es algo que solo puede ser lo que es. Y la identidad es todo aquello que hace ser a una cosa. Por ende, la identidad puede ser parcialmente modificada, pero la esencia es invariable, es una cosa que solo puede ser lo que es. Denevi propone una sustitución de la identidad, por poder ser algo inmediato, no así la esencia. Discurriendo así en el agobio de ser quién es por no poder ser otra cosa. El aliciente para esta sustitución de identidades proviene siempre de necesidades (tanto físicas, o materiales, como metafísicas), obligaciones y hasta por fuerza mayor. Básicamente son las razones humanas por la que cualquiera de nosotros podría llegar a incurrir en este fenómeno, vistas desde un plano literario. Por ende, poniendo a ejemplo una cita de Rosaura a las diez, *"...desde su punto de vista, la cédula es falsa. Pero ello quizá se deba a que*

usted cree cierta a Rosaura. Lo falso no reside en esa pobre cédula, sino en la persona. La adulteración no está en el documento, sino en la vida que el documento quiere probar", lo falso aquí es pretender ser otro o mostrar la verdadera esencia, como dije anteriormente, la cara menos visible.

Yendo un poco más lejos, a 1990, *Música de amor perdido* no solo es una novela de amores frustrados que retrata un tema espléndido, como anticipa el autor, *imaginado por la realidad*. En esta atractiva novela los personajes son más complicados de lo que parecen, y la sustitución de identidades se da no solo como consecuencia de sus propios actos, sino también como el resultado de lo intangible que se presenta como algo condenado a ser. Desde el prólogo, Marco Denevi, advierte y admite querer ser algo que no puede: *"El único error del que no puedo corregirme es mi antigua aversión por las novelas voluminosas. Estoy condenado a contar cuentos"* (*Música de amor perdido*, Ediciones Corregidor, 1990, pág. 8). Quizá otra acepción válida al estilo de Marco Denevi es la preservación de sí mismo que cada personaje muestra al resto, la cara menos vergonzosa de su realidad: un ejemplo claro es la vida privada de Joaquín Raventós: *"Quizá su cortesía con todo el mundo fuese un acto de contrición, y*



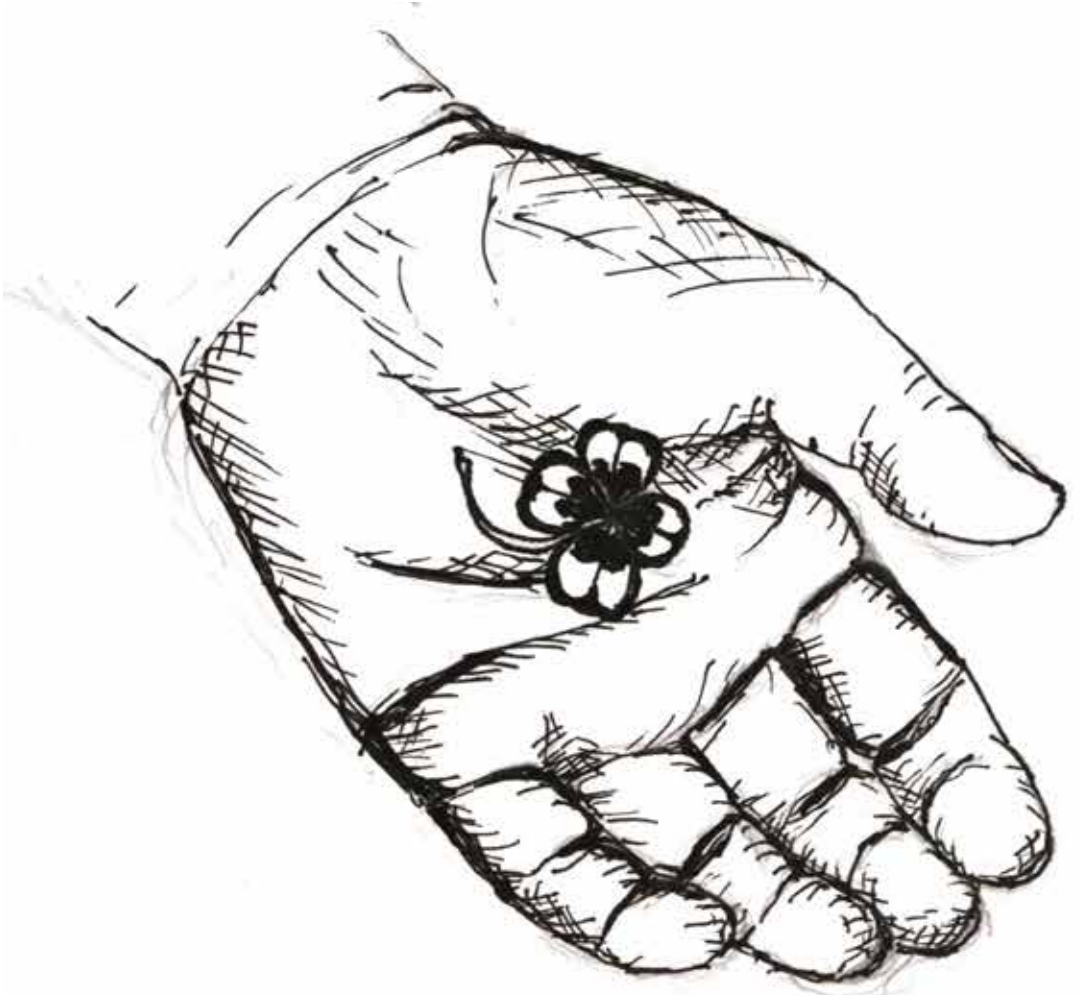
la reserva que guardaba, aun frente a sus amigos, respecto de su vida íntima y que lo hacía sospechoso provenía de la vergüenza del pecador arrepentido. Todos los domingos iba a misa y confesaba sus atracones de lujuria.” Aquí se ve cómo la vida privada, la intimidad, y la vergüenza se vuelven una y condicionan al personaje a un confinamiento que se superpone a su vida social. No es el único caso presente en la novela, ya que para el procurador Sebastián Matrícula lo que esconde en su intimidad también es un acto de vergüenza: “En cambio no eran lágrimas sino un callado dolor insoportable el que le arrancaban ciertas escenas entrevistas en la calle, al pasar, escenas que uno debe espiar de reojo y seguir de largo. De noche, en alguna suntuosa casa de departamentos entraba un grupo de jóvenes bien vestidos, silenciosos como conspiradores, y cerraban la puerta en las narices del procurador, que debía seguir caminando. Eran todos rastros de la Sodoma oculta en la ciudad de los hombres y mujeres que desprecian, persiguen y castigan a los sodomitas. El procurador era virgen.”

La sustitución de identidades y la extravagante psicología de los personajes son moneda corriente también en toda la obra. Inserta de entrada personajes misteriosos que resultan ser otros, como mesíe Raúl y madán Melanie, o la bella Thamar Azenne (columna vertebral de esta novela), quien finalmente resulta ser una impostora de igual porte. “Mientras hablaba, a pesar del pelo pajizo y de las caderas amatronadas, a pesar de la ropa miserable y de la sórdida escenografía que la rodeaba, algo había recuperado del porte que lucía cuando representaba el papel de Thamar Azenne.” Para Marco Denevi parecer ser que todo cercenamiento de la identidad no responde a una patología sino también a una necesidad o una inconformidad en la esencia lograda por esas causalidades que él denominaba ceremonias secretas. *Música de amor perdido* es una consecución de causalidades, una melodía de sabor amargo y maldito que fugazmente empieza para terminar, que solo condena, olvida e ignora lo que sucede en el corazón de los hombres.

Quizás Marco Denevi solo era víctima de su realidad, la realidad de saberse argentino (y algo más), y solo trató de retratar aquella condición. Condición que no fue más que la consecuencia de la inmigración, que contrajo la enfermedad del

mestizaje y lo llevó a convertirse en una quimera furiosa en busca de su yo más consciente. Denevi lo definía así: “El argentino tiene una mentalidad de huésped de hotel, el hotel es el país y el argentino es un pasajero que no se mete con los otros. Si los administradores administran mal, si roban y hacen asientos falsos en los libros de contabilidad es asunto del dueño del hotel, no de los pasajeros a quienes en otro sitio los espera su futura casa propia, ahora en construcción.” El argentino, por ende, comprende que su personalidad es falsa, es otra, y su realidad es la de no aceptar quien dice ser. Para Marco Denevi el hombre es historia, y tal como en la historia: “Querer mostrar que todo lo que llamamos verdad es verdad, no es sino una de las posibilidades de la verdad. Siempre puede haber otras, tan legítimas como la anterior” (Marco Denevi, *El cuento me abre el apetito*, Mempo Giardinelli *Así se escribe un cuento*, Buenos Aires, Beas Ediciones, 1992). Bajo ese concepto podemos decir que querer mostrar quienes somos no es más que una posibilidad de quienes somos. Siempre puede haber otras, tan legítimas como la anterior. Ese es el juego que propuso Marco Denevi en su falsificación de la literatura. ■





El jardín secreto

Por Mora Martina Álvarez Rojas

Ilustrado por Alejandra Llanos

*TERCER PREMIO CONCURSO
DE CUENTOS CORTOS "MARCO DENEVI"*

28/08/2021
Buenos Aires, Argentina

Tenía seis años cuando te conocí, apenas éramos unos niños, ¿recordás, Tomás?

Estaba en mi nueva casa que nos había dejado mi abuelo. Era una casa antigua, muy vieja, de dos pisos y de color amarillo pastel; con un techo de dos lluvias, de tejas; una chimenea vieja, que me hacía creer que Papá Noel bajaba por ahí para dejar nuestros regalos; y unas cuantas ventanas grandes. Ésta estaba cubierta casi en su totalidad por las enredaderas trepadoras. Una parte de ella estaba pintada de color rosa fucsia gracias a las flores. La casa tenía varios arboles a su alrededor. Ahí era donde mayormente mis padres ponían la mesa y las sillas de mimbre para tomar unos mates, leer un libro o jugar al truco. Cuando ellos hacían eso, yo me iba a mi “lugar secreto”. Ese lugar era una casita de madera vieja, parecida a una casita del árbol, solo que esta estaba oculta detrás de un roble, rodeada de varias flores de diferentes colores. Aquel lugar era el paraíso ante los ojos de un niño soñador, perfecto para sacar una fotografía y encuadrarla para ponerla en el *living* de una casa.

Ese día esperaba con muchas ansias a mi padre, que se había ido a un viaje de negocios. Me preguntaba qué nos había traído esta vez a mis hermanos y a mí. Mientras tanto, yo estaba jugando con ellos en aquel gran patio de la casa y, como siempre, mamá estaba tomando unos mates con mi hermanita de apenas ocho meses.

Habrán sido las dos de la tarde cuando alguien tocó la puerta, yo salí disparado hacia allá, pensando que podría ser mi padre. Con mis ojitos brillosos, abrí aquella puerta tenaz. El brillo que tenían, desapareció al ver que era la nueva vecina con una bandeja de vaya a saber uno qué, y vos oculto detrás de sus piernas. Mi madre caminaba muy tranquila hacia la puerta, me hice a un lado cuando llegó para que pudieran hablar y volví al patio a jugar con mis hermanos.

En ese entonces, no te había prestado demasiada atención como para haberme dado cuenta de aquella franja de pecas que tenías en cada extremo de tus abundantes mejillas. No lo haría hasta que tu madre, junto con la mía, te mandara a jugar con nosotros. Pero mis hermanos decidieron ir

adentro, a cuidar a mi hermanita menor. Quedamos los dos solos, en absoluto silencio. Mientras que vos arrancabas los tréboles de tres hojas.

—¿Qué haces? —te pregunté mientras me acercaba hacia vos.

—Busco tréboles de cuatro hojas...—respondiste a lo bajo, y sin dejar de ver el suelo.

No tuve que pensarlo dos veces para recorrer todo el gigantesco patio para ayudarte en tu búsqueda.

—¡Yo te ayudo! —fue lo único que dije.

Y estuvimos toda la tarde así; vos buscando por un pequeño lugar, y yo corriendo como Naruto por todo el patio, buscando aquella hoja que tanto deseabas.

Se estaba haciendo de noche, y tu madre fue hacia el patio por vos. Todavía no habíamos encontrado lo que tanto anhelas.

—Bueno chicos, mañana podrán seguir jugando.—dijo tu madre, para luego llevarte a casa.

Aún así, seguí buscando el trébol de cuatro hojas. Buscaba por los lugares más remotos, pero no lo encontré.

No sabía por qué lo hacía. Tal vez fue por puro aburrimiento, tal vez fue porque quería entablar alguna amistad con vos... No lo sé.

Eran las diez de la noche y seguía buscando el trébol con ayuda de los postes de luz que había. Mi madre me estaba llamando para ir a dormir y todavía no había encontrado el trébol.

Cabizbajo y deprimido, fui hacia mi madre. Mientras caminaba, vi el trébol que desesperadamente buscaba

—Por fin te encontré...—dije con una sonrisa y corriendo hacia mi madre.

Al día siguiente, me encontré en mi habitación llena de juguetes. Miré mi manito, donde supues-

“No sabía por qué lo hacía. Tal vez fue por puro aburrimiento, tal vez fue porque quería entablar alguna amistad con vos... No lo sé.”

tamente estaba el trébol, y no lo encontré. Desesperado, lo busqué por todo el cuarto, para ver que estaba en la mesita de luz. Suspiré aliviado y lo llevé al comedor, esperando a que vos vinieras.

Como un gato mirando a su presa listo para atacar y devorarlo, esperaba a que tocaran la puerta, y que esa persona fuera tu madre junto con vos.

Eran las dos de la tarde y mis hermanos se burlaban porque llevaba aquella hoja que era destinada para vos. Me defendía ante sus burlas, no me gustaba que me molestaran, hasta que tocaron la puerta. Claro que no había desatendido la puerta mientras me defendía. Me oculté en los sillones y esperé a que mi madre abriera la puerta. Para mi suerte, eras vos con tu madre. Eras tan callado, que mi madre pensaba que eras mudo.

Rápido, salí de los sillones para ir hacia donde estaban. Te tomé de la mano para llevarte al gigantesco patio.

—¡Encontré lo que tanto deseabas! —dije alegre y con mi sonrisa de oreja a oreja.

Noté que llevabas un pálido color carmesí en tus abundantes cachetes. Lo ignoré y te extendí la hoja.

—G-gracias...—dijiste casi en un susurro y agarraste el trébol, tímido.

—¿Cómo te llamas? —pregunté acercándome.

—S-soy Tomás. —dijiste más tímido que antes.

—¡Un gusto, Tomás! ¡Yo soy Rodrigo! —Sonreí cerrando mis ojos y extendí mi mano para que la agarraras.

Y así fue como comenzó todo. Gracias a aquella búsqueda absurda e infantil, pero al mismo tiempo, tierna y dulce.

Pasaron los años, y nos hicimos mejores amigos. Donde ibas, yo iba, y viceversa. A mi mamá le parecía muy adorable, mientras que a mis hermanos le parecía muy “gay”. Yo lo negaba rotundamente, pero... ¿quién diría que algo de verdad había?

Ya éramos algo grandes, teníamos catorce años. O, bueno, yo tenía catorce, vos ya tenías quince. Tu cumpleaños era en julio y el mío en junio, muy cerca, pero al mismo tiempo, muy lejos.

Nuestras preocupaciones eran otras, como las salidas, las novias, etc. A mí no me interesaba ninguna chica, todas eran tan aburridas para mí. Y vos, a vos no te importaba nada, apenas te preocupabas por las calificaciones. Así que siempre

andábamos juntos, éramos inseparables.

Después del colegio, íbamos a mi casa, a hacer la tarea juntos. Pero no lo hacíamos en el *living*, sino, en mi casita del árbol secreta, que ahora era nuestra.

Todo iba bien, pero cada vez que estabas cerca de mí, te notaba algo raro. Cuando hablaba con una chica, eras más callado que de costumbre y te alejabas de mí. No entendía por qué lo hacías, hasta ahora.

Un día, tenía que hacer un trabajo práctico con la chica nueva, Nicole. Ella era muy charlatana, y te sacaba conversación al instante. Decidimos hacer el tedioso trabajo en mi casa. Ella trajo su computadora, ya que en la mía no había, para eso teníamos el celular.

Durante toda la tarde que estuvimos haciendo el trabajo hubo carcajadas. Nicole era muy divertida. Cuando terminamos, ella vio por la ventana el gran patio.

—Tenés un hermoso patio. —dijo para luego mirarme con una sonrisa.

—Sí, era de mi abuelo. —Me rasqué la nuca con una pequeña sonrisa—. Si querés te lo muestro. Ya que terminamos el trabajo...

Ella, asintió vigorosamente con la cabeza y nos

“Pasaron los años, y nos hicimos mejores amigos. Donde ibas, yo iba, y viceversa. A mi mamá le parecía muy adorable, mientras que a mis hermanos le parecía muy “gay”. Yo lo negaba rotundamente, pero... ¿quién diría que algo de verdad había?”

levantamos para dirigirnos al patio. Me llevaba de un lugar a otro. Todo le llamaba la atención.

—¿Qué hay detrás de ese árbol? —preguntó curiosa.

Aquel lugar era nuestro escondite, la casita del árbol. ¿Justo por ese lugar tuvo que preguntar? Traté de cambiar de tema, pero ella no se iba a ir sin saber antes qué había ahí.

No tuve otra alternativa que llevarla. Le dije que ese lugar era nuestro y solo vos y yo conocíamos de su existencia. Bueno, además de Nicole, que se lo acabo de contar. También, le conté de cómo te estabas portando últimamente.

—¿En serio no te das cuenta? —preguntó con una ceja levantada y sorprendida—. ¡Él gusta de vos!

En ese momento me di cuenta de que con esa razón, todo encajaba. Al pensar en esa posibilidad, mi corazón latió más rápido. ¿Por qué? No sabía que decir, solo la miré y le dije:

—Creo que... que a mí me gusta también.

Nicole solo me abrazo y con una sonrisa me dio una palmada en la espalda.

Ese fue el momento cuando me di cuenta de todo lo que realmente sentía por vos.

Después de eso, seguimos hablando y volvimos al *living* de la casa. El padre no tardó mucho en venir a buscarla. Me quedé pensando en lo ocurrido «¿Debería decirle que ahora sé lo que siento?» preguntas y pensamientos parecidos pasaban por

mi mente de adolescente.

Al día siguiente fui con muchas ansias al colegio, decidido en decírtelo. Pero, ese día no fuiste. «¿De vuelta faltaste?». Era muy común que vos faltaras al colegio, y por eso no le di mucha importancia y seguí con mis cosas.

Cuando llegué a casa, mi madre estaba en el sillón, aparentemente esperándome a mí en específico.

—¿Qué pasa mamá? —Dejé mis cosas a un lado y luego me senté al frente de ella.

—Rodri... Tomás... Tomás está muerto...—dijo mirando a otra parte. Aquella sonrisa que tenía desapareció al instante y lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos—. Ayer vino a verte. Yo le dije que estabas con la niña nueva, Nicole. Estuvo un rato y después se fue rápido. Hoy no volvió a casa, ya que él se había ido a no sé dónde. Quiso cruzar la calle, no miró y... y lo chocó una camioneta...

Al escuchar eso, me quedé totalmente estático. Nos habías visto, a Nicole y a mí, y tal vez pensaste en otra cosa, algo que te destrozó el alma en vano.

Te escribo esta carta, para contar lo que nos pasó y para poder decir que desde el momento que te vi, te amé. Ahora tengo veintidos años, y estoy esperando un hijo de mi esposa. La amo, claro, pero no tanto como lo hice con vos.

Rodrigo



IMAGEN actual

Peluquería unisex

Martes a viernes de 17 a 20.30 / Sábados de 10 a 12.30 y 17 a 20.30 hs.

Belgrano 2115 - Marcos Paz / Turnos y consultas: 11-5929 8059

Una ganga

Segunda parte

Por Mauro de Giuseppe

El otro

Ya en la medida de la tarde, con unos movimientos nerviosos, una mujer le dice a su marido que la escuche sobre algo que debe contarle. Esta mujer sueña por las noches, es la única en esa casa y en el mundo que lo hace. Al no tener un alma los otros seres humanos ya no sueñan. El soñar ya es una propiedad que ha quedado relegada solo a esta única mujer y a los animales libres. Sin embargo por las mañanas la curiosidad asombrosamente la asalta mas a ella que a su marido.

—¿Qué sueñas por las noches?

—Ya sabes, no sueño.

—Pero algo debes ver, no sé ¿acaso todo negro?

—Si no recordar nada te significa a vos el color negro... entonces sueño negro.

Desde que ambos nacieron el mundo estaba regido por el orden que supieron implementar *los Liberadores*, un grupo de hombres que se organizaron durante años para tomar el control del mundo mediante un gobierno único. Uno de sus renombrados lemas era el de la Igualdad ante la vida y ante la muerte: una de sus primeras medidas fue la de aislar de los embriones la pulsión germinadora llamada desde siempre como *alma*. Lograron de alguna forma que el cuerpo y la mente sigan su camino sin ella. Con el tiempo lograron también establecer un progreso en la longevidad y en la disipación de cualquier tipo de enfermedad letal que atacara a ambos. La manipulación de genes se perfeccionó e hizo por medio de esta ciencia que la muerte ya fuese programada desde el mismo nacimiento. La duración de la vida desde entonces no es ni más ni menos que la de doscientos años. Ningún hombre o mujer sufre enfermedad mortal (no importa su condición) y alcanza exactamente los doscientos años para todos.

—Mis sueños son terribles con el correr de los

años. Me despierto todos los días con una angustia aquí en el pecho—. Ella se toma ese lugar donde está su corazón y donde los científicos lograron identificar alguna vez que moraba el alma, la mujer siente esta vez la mirada preocupada de su marido en esa dirección lo que la obliga a seguir revelada—. Por las tardes, cuando se que se acerca la noche y tengo que volver a dormir, otra vez...

—¿Pesadillas? ¿es eso que llamaban pesadillas?

—No, no son pesadillas, fueron siempre buenos sueños, plácidos, dulces al principio pero con los años se hicieron más vastos, más y más pesados hasta quitarme el aire de tanta amplitud y placer.

—Estoy preocupado, quizás deberías ver algún doctor. Alguien que no alerte de tu alma al Gobierno. Sabes de ese amigo mío que tiene contactos en el mercado negro.

—No, es muy peligroso todo eso y además lo mío no es una enfermedad... tan solo es que al ya no haber almas entre los hombres me sueño sola. Todas las noches tengo el sueño repetido de visitar un parque. Es un parque amplio de arboles ¿plátanos? Gigantes plátanos de otoño que llenan el piso con sus hojas. A veces los recorro melancólica, pero el parque no parece tener fin, entonces tan solo me siento en un banco largo de madera negra y observo durante horas el movimiento de unos pájaros que también están soñando en algún lugar libre del mundo.

—Me resulta un sueño hermoso. ¿Cuál es el problema?

—La vida se da a través de la mirada del otro. En mis sueños no la hay y con los años la soledad se hace tan cerrada que la angustia me dura por horas, aun cuando despierto... y luego se aproxima otra vez, la noche y mi dolor en el pecho se hace peor, la inquietud se fue haciendo tan grande que comencé en algún momento a simular una alegría siempre proporcional a mi mal. Así me propuse continuar por amor a ti y por amor a nuestro hijo hasta que se cumplan al fin mis doscientos años de vida, pero cosas nuevas aparecieron y empeoraron más la situación. Cuando la rutina me asfixiaba plácidamente, lentamente. Lo nuevo se introdujo con toda su fuerza para socorrerme y aplastarme ahora en espanto. Tengo ya la certeza de que no voy a lograr sobrevivir otra noche...

—¿Pero qué cosa es?—. Hacía años que el hombre había notado cambios en su esposa. Una curiosa alegría al despertar que no provenía de motivo alguno más que de ese simple despertar. Sin embargo fue un madurar tan lento en ella que nunca se resolvió en preguntarle. Se reprocha e intenta disculparse ahora pero la mujer continúa detallando su pavor como si no importase nada más, como si ya no hubiera tiempo para otra cosa.

—Ocurrió que en mis sueños se me metió una esperanza, una enorme. Sabemos por lo que nos enseñaron en la escuela que la esperanza antecede al dolor.

—Sentada en ese amplio banco de maderas largas, negras, lustrosas. En ese parque de plátanos sin fin, a lo lejos, comencé a ver algo que jamás había notado en mis otros sueños. Un otro, una sombra. ¿De un hombre o una mujer? Caminando a lo lejos, viniendo hacia mí. Tan solo una cosa podría significar ¡Alguien más tenía alma! El universo me era tan dolorosamente amplio pero sin embargo me había logrado encontrar. En esas primeras noches solo aguardaba pasmada a que el otro llegara, en otras noches que se alargaron por estos últimos años, resolví impetuosamente correr a su encuentro con las dificultades que ocurren cuando uno lo intenta hacer sumergido en un sueño profundo. El resultado siempre era el mismo. El andar se hacía pantanoso, nunca lograba alcanzarlo, ni siquiera llegar a ver su rostro.

—Perdón por no poder entenderte, vos sabés que la melancolía me resulta incomprensible y el sueño... este sueño que me contás no es para nada espantoso, creo que quizás la repetición es lo que te esté afectando—. La mujer queriendo ignorar lo que decía su marido pero sintiendo que era cierto, unió sus manos nerviosas en un ruego para ya no ser interrumpida y continuó:

—Hace unos días el sueño cambió rotundamente, ya no visitó más -como hace cincuenta años- ese ininterrumpido parque de altos plátanos, bancas negras y pájaros de vuelo indiferente y cíclico. Ahora mi sueño transcurre en la casa que mis padres tenían en el campo, una casa idéntica a la de mi niñez salvo la madera de las paredes que se ha vuelto negra, resplandeciente como el ébano pulido. En este segundo sueño es siempre de noche y estoy sola otra vez, ya no hay otro...

La séptima noche de haberse reimplantado su alma un hombre sueña un séptimo sueño

La persistente habitación por demás amueblada y en un rincón su hijo está sentado delante de un primitivo tablero de ajedrez. Las piezas están colocadas prolijamente para empezar un nuevo juego pero el padre apremiado en otros asuntos nunca lo percibe sino hasta entrar en la vigilia. La conversación comienza fluida y alegre como en las otras noches. En esas seis noches anteriores donde el padre le cuenta sin rodeos a su hijo lo que finalmente ha resuelto: dilapidar todos los ahorros de su vida en la compra de un alma. Solo obtiene la preocupación y reprobación de su hijo hasta el momento lúcido en que ambos comparten un desahogo, una confesión mutua.

La del padre es la necesidad insobornable de volver a ver otra vez a su esposa ya muerta y madre de aquel joven. Ambos la recuerdan en una imagen distinta y los devora el silencio para no herirse. La mujer tomó la trágica decisión de suicidarse muchos años antes de que la programación del gobierno hiciera su trabajo. La culpa de

“El universo me era tan dolorosamente amplio pero sin embargo me había logrado encontrar. En esas primeras noches solo aguardaba pasmada a que el otro llegara, en otras noches que se alargaron por estos últimos años, resolví impetuosamente correr a su encuentro con las dificultades que ocurren cuando uno lo intenta hacer sumergido en un sueño profundo.”

este suicidio familiar aparentemente solo corroe la mente del padre y propone ir en su búsqueda por medio de los sueños, lo cree sencillo y posible mediante la implantación de un alma. Se miente y le miente a su hijo para convencerlo de su decisión. Luego llegando al final del sueño comienza la revelación sorprendente del joven: Confiesa soñar desde siempre, no es el único secreto, revela también que en los últimos días ha soñado con su madre muerta.

La secuencia se repite como en las otras seis noches anteriores solo que esta vez el sueño logra durar unos instantes más. Hay un silencio compartido, saboreado en la contemplación de lo que se ha dicho. El hijo por primera vez toma un caballo blanco, lo levanta del tablero de ajedrez y sale jugando con un movimiento indeciso sobre la posición de las negras.

—Caminaba por un parque extraordinario con tan solo un tipo de árbol, eran muy altos y el otoño les había quitado la mitad de sus hojas como les gustaba a mamá... y allí estaba sentada, en un banco amplio de madera negra. No me reconocía, parecía temerme.

Segundo sueño de la mujer

En la más espesa noche se abre un licor de sueños que ya nadie bebe, solo yo. En la lejanía un corcel blanco se acerca sin jinete, mal presagio para una noche de espantos. El caballo llega agitado y con montura, los belfos temblorosos y llenos de espuma, los músculos de sus patas traseras tiemblan y patean el suelo sin poderse contener. Me es desconocido el animal pero se deja atrapar. "¿Quién es tu maestro?" le pregunté, la noche se cerraba de tal forma que la luz del farol solo alumbraba la tierra de nuestros pasos. Dejé al caballo, intranquilo, en el establo con mis overos negros. Allí él tomaría agua y podría intentar recuperarse. Mañana investigaría que ocurrió con su jinete, no era para nada inteligente averiguarlo en esta noche de tantos malos presagios... Luego de eso despierto y aunque los sucesos fueron breves y caóticos me sorprende ya el sol de la mañana. No me preocupa ya esa dolorosa soledad de antaño sino que ahora siento un espanto lúcido, real, inconfesable mediante las palabras que dan la vigilia. El desgaste está presente. ■



Rocamadour Libros
Librería online

Textos escolares | Idiomas | Manuales
Novelas | Fantasía | Novedades | Usados



Pedidos por mail a: alejandrotorres_lp@hotmail.com

WhatsApp: 11-2350-9958

Facebook e Instagram: Rocamadour Libros

Nacemos con la muerte adentro

Por Gabriela Brandán

A un hombre lo definen solo un par de palabras. En Antonio Di Benedetto esta palabra es segura, recurrente y llena de soledad. ¿Qué imagen reflejará el espejo al nombrarte? ¿Qué imagen reflejará el espejo cuando muy cerca no distingas tu imagen? Te verás lleno de vestidos, te nombrarás de diferentes maneras y seguirás ahí, distinto. Di Benedetto se mira y siempre su imagen es la misma, siempre su palabra compañera vuelve al mismo reflejo. La muerte. Ella aparece sin vestidos, desnuda. Quizás sin piel aún. Descarnada. Y en ese mismo instante empieza su trabajo, meticuloso. Di Benedetto se encarga de cubrir a la muerte de hermosas mortajas, la llena de aromas, le agrega recuerdos. ¿Qué melodía escucharás en tu último instante? Di Benedetto lo sabe. Lo supo siempre. Su nacimiento transcurre un 2 de noviembre, el día de los muertos y él dice

“...Muchos apelan a la referencia de los signos del zodiaco, yo las paso por alto porque cuento con una predestinación especial, la fecha de mi nacimiento, excluyendo los otros signos, y esa nominación religiosa que corresponde al día de los muertos. Me ha acompañado ese signo de una fidelidad absoluta de modo que me crea profundas dudas a menudo sobre mi existencia...”

A la muerte la llena de versiones, se llama suicidio, asesinato, una madre ausente y un niño que no puede llorarla, hermanos que buscan los huesos de su padre desconocido en un cementerio. Sus cuentos hablan de él, de su relación con la muerte. Ella aparece con ropajes bizarros, como prostituta, como una hermosa novia o como un padre cuyos ojos adelantan la desgracia. La vida de nuestro escritor estuvo signada por la desgracia, 13 suicidios marcaron a su familia. Él relata entre cuentos y novelas parte de su historia, entre tragedia y tragedia nos regala un mundo. ■



Cadáveres y destructores

Por Mikita



Vamos dejando ojos tristes y mentes dispadas,
recorriendo cuerpo por cuerpo,
analizando, comparando, jugando
El alma llora, piensa por qué nada es suficiente
Buscamos en otros cuerpos aquello que perdimos
Buscamos gestos, manías, frases, posiciones
Vamos dejando cadáveres emocionales,
creyéndonos fuertes, únicos, independientes
Mientras buscamos aquello que perdimos,
en el fondo de nuestro herido corazón nos preguntamos:
“aquello que perdí, ¿realmente fue mío?”
Nadie es de nadie. Y mientras nos comemos el papel
de destructores emocionales, nosotros somos cadáveres
emocionales de otros. ■

Solo para solas y solos

Por Alejandro Torres

A veces hablo solo; porque no me alcanza con solo pensar, también necesito hablar. ¿A quién dirijo mis comentarios? Pues, es fácil: algunas veces a la pantalla de la televisión apagada, otras tantas a una botella vacía que posa sobre la mesa, y algunas otras le hablo a las baldosas del suelo (aunque con estas últimas tengo un particular miedo a que alguna vez una me responda y me muestre los dientes por habérselo dicho dos veces; u otra por quejarse de no haberle hablado nunca). Algunas veces hablo mientras cocino, otras cuando me baño. En el baño, elevo un poco la voz porque con el agua sobre mi cara y el vapor del silencio al rededor se necesita hablar más fuerte para que el inodoro, al otro lado de la cortina, escuche lo que le digo. También la risa es una forma de hablar, así habla nuestro cuerpo ante una situación que amerite el placer de hacerlo. Cuando me río en voz alta retumba por todo el departamento; algunas veces hasta creo que me excedo por la elación de mi garganta desnuda y temo que los vecinos llamen a la policía por el jolgorio, entonces vuelvo a actuar con decoro, a hablarle a la máquina de escribir.

En este punto pensará que soy un loco. En mi defensa, déjeme decirle que la soledad no es ese triste sentimiento de estar solo o sentirse solo, de necesitar a alguien. La soledad también, al margen de ser el nombre de una mujer antecedido por un artículo, es una apacible y exquisita forma de conocerse uno mismo, de imaginar diálogos hacia alguien, de reflexionar y de pensar, de dirigir los pensamientos hacia la importancia de

investigar sobre el desdén con el que me observa el vecino mientras corro en paños menores sobre aquel suelo invadido de quejidos por hablarle con mayor brío a la ventana del frente que a él; una sedición única, típica de las subversivas baldosas de porcelanato de los departamentos.

¿Sigue creyendo que soy un loco? le propongo un juego: recuéstese sobre la almohada, para más comodidad, y apague las luces; cierre los ojos e intente pensar en cualquier suceso que le ocurrió durante el día. ¿Lo tiene? Ahora intente pensar lo contrario a eso que le sucedió. Por ejemplo, si se enojó con su jefe en el trabajo y mantuvo la cordura como para no golpearlo, vuelva al recuerdo y golpéelo. Cuando abra los ojos se encontrará vociferando algún insulto al techo, o riéndose junto a la almohada (probablemente ella se ría de usted, porque le aseguro que ellas suelen hacer eso).

Si para este párrafo no logra convencerse no se sienta compungido, porque al principio yo también dude de dicho corolario ya que tiende a ser pernicioso para algunos. Pero si logra quedarse le aseguro que podrá golpear más veces a su jefe y charlar más seguido con sus libros; tantas que dejará de pensar en la soledad como el refugio de un alma que dice estar triste y en pena; pensará que estar solo no significa convertirse en un misántropo (no, para eso le falta mucho, le aseguro), ni hacer de esto un dogma; sino pensarlo como una forma distinta de percibir el mundo que lo rodea. ■

Reiniciar

Por **Hugo Canal Bialy**

Ilustrado por **Alejandra Llanos**

Amoroso andar
 suave destello
 dragones violetas
 luz incandescente
 pasos en fuga
 arcoiris desteñido
 vibración simultánea
 campos de algodón
 reiniciar la energía
 conexión superpuesta
 volver a empezar.



Lapsus

Por **Paula Aros**

La pequeña dulce niña cabeza gacha mira la tierra seca y polvorienta, toma un pequeño trozo de rama que encuentra al costado del neumático que cual balsa la mantiene a salvo y lejos del peligro. Como dije, toma la ramita seca y pica el suelo, lo pica con cuidado y observa, nada sale. Pica y pica, y otra vez. El agujero cada vez más grande y profundo se la traga. Aparece del otro lado del mundo donde ya no es la misma. No la misma que cayó por el agujero. A su lado camina otra niña que es ella misma. La otra niña le suelta la mano. Corre y juega con los demás niños del parque pero cansada de jugar se sienta en uno de los neumáticos de colores que junto a otros (de otros colores) forman un colorido gusano por donde los niños saltan y saltan a través de sus agujeros. Como dije, la niña se sienta en un neumático, mira el suelo y toma la ramita... Y ella, la niña que ya no es la niña, sino mujer, corre hacia ella (la otra niña). Creo que intenta detenerla...

Ambivalencia

Por Lucero del Valle Fariña

Si supieras que me dolía el alma con solo escuchar tu nombre.

Que me moría por verte y cuando te veía me arrepentía.

Que siempre supiste hacer sonreír y romperme el corazón segundos después.
Que no importaba lo mucho que me denigraras a mí o a ellos... no podía dejar de esperar para verte, emocionarme con tus llamadas y culpar a mamá cada vez que te ausentabas...

Era tu hija, tu nena. Y no te importó dejarme sola, romperme el alma desde tan pequeña.

Eran mis hermanos, mis héroes y no te importó hacerlos llorar.

No te importó dejarnos solos. No te importó porque “no era tu culpa”

Tan fácil te desligaste tan fácil te marchaste.

Aparecías y desaparecías como si nada, no había culpa en tu accionar

Vos estabas bien de ese modo no te dabas cuenta de nosotros...

No es mi intención culparte, no vale la pena no éramos tu responsabilidad... Solo quería contarte de este sentimiento que creaste, me duele el alma y me contrae el corazón llamarte “papá”.

A veces tengo ganas de gritarte, otras de abrazarte y no soltarte... me duele despedirme me hace creer que ya no vas a volver.

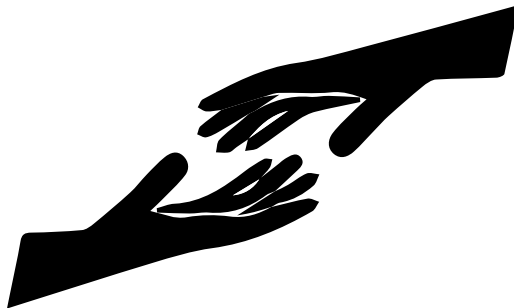
Duele verte sonreír y que seas feliz aun sin nosotros en tu vida, que nunca fuimos para vos lo que ella si logro ser, cuando todos éramos por igual de tu misma sangre.

A veces creo que te odio pero es imposible...

Es que te amo tanto que odio ese sentimiento que creaste.

Odio odiarte y amarte tanto. Odio quererte lejos pero necesitarte cerca

Odio este sentimiento...odio este sentimiento tan contradictorio. 📌





DENEVI GUIONISTA

Por Pablo Rodríguez Ortiz

En 1955 cuando Marco Denevi ganó el *Premio Kraft* por la novela la popularidad de su novela *Rosaura la diez* se elevó a las nubes y fue un éxito de ventas que comenzó a interesar a directores y productores de cine para llevar su obra a la gran pantalla. El mismo Denevi eligió de entre las ofertas que recibió la de Mario Soffici quien llevaba ya una larga carrera como director de cine, conocido por *Prisioneros de la tierra* (1939); *El camino de las llamas* (1941), basada en una novela de Hugo Wast, *El pecado de Julia* (1946), *La barca sin pescador* (1949); *El extraño caso del hombre y la bestia* (1950); *Barrio Gris* (1954) y *Oro bajo* (1956), entre muchas otras. Soffici basó gran parte de sus producciones en la literatura e invito a participar a Denevi en la construcción del guion aunque este último más tarde contará que no quedó satisfecho con el trabajo y que Soffici descartó las ideas que le había sugerido. La película se estrenó en marzo de 1958 y tuvo excelentes críticas que la llevaron a representar a Argentina en el Festival de Cannes de ese año.

La incursión como guionista pegó fuerte en Denevi por lo cual se impuso como requisito exclusivo que sus próximas obras adaptadas al cine lo incluirían en el libreto. Marco y Mario

igualmente volverían a trabajar juntos en un guión para la película *Los acusados* (1960) esta vez dirigida por Antonio Cunill. Denevi creó el argumento basándose en el caso real del asesinato a un concejal de la ciudad de Buenos Aires en 1926 que nunca fue esclarecido. Pese al intento de sacar partido de su primer éxito la película fue olvidada rápidamente.

En Agosto de 1960 Marco Denevi vuelve a ganar un concurso importante, el *Premio Life en español* de la revista homónima norteamericana con *Ceremonia Secreta*, su segundo libro. Esta historia va a conseguir variadas adaptaciones. Primero una miniserie de 3 capítulos, dirigida por Narciso Ibañez Menta en 1961; luego un corto de 33 minutos llamado *Anabel*, dirigido por Pedro Olea en 1964; también existe una película lanzada para televisión producida por canal 13 y dirigida por Marta Reguera en 1981, todas estas cuentan con Denevi en la creación del guión menos la versión internacional más destacada, *Secret Ceremony*, de 1968 dirigida por el cineasta estadounidense Joseph Losey y guionada por Ge-



Póster de Rosaura a las diez (1958)

ge Tabori. Además cuenta con las actuaciones de Mía Farrow quien asumió el papel de la joven demente, y Elizabeth Taylor el de la madre adoptiva. Filmada en Inglaterra, la versión de Losey se inspira en el cuento pero no se trata de una adaptación propiamente dicha ya que la acción está ambientada en Londres y no en Buenos Aires; Leonides Arrufat es, en el original, una solterona puritana y no la prostituta que regala parte de sus ganancias a los necesitados, y la Cecilia de Denevi es retrasada pero sin las tendencias lesbianas de la Cenci de Losey; además, el director introduce la figura de Albert (Robert Mitchum), el padrastro, momento a partir del cual el film declara su total independencia respecto del texto original. A Denevi la de Losey no le pareció una gran película sino un ejercicio estilístico vacío y falso, un film inútilmente complicado y triste.

En 1976 nace el ciclo televisivo *División homicidios*. Oscar Belaich y Germán Klein son quienes instan a Denevi a escribir las historias para esta serie policial junto al escritor Placido Donato. Para ello utiliza a uno de sus personajes de *Rosaura a*



Póster de Los acusados (1960)



Póster de Secret ceremony (1968)

las diez, el inspector Baigorri, como protagonista que en cada episodio de una hora y media resolvía un caso distinto. La serie se transmitió por canal 9 y tuvo 3 temporadas con un total de 57 capítulos pero Denevi renunció luego del décimo sexto por la presión de los tiempos televisivos. El éxito del ciclo llevo a los productores a filmar una película llamada *ContraGolpe* bajo la dirección de Alejandro Doria donde Denevi retomara su papel de guionista junto a María Angélica Bosco, el film se estrenó en marzo de 1979.

En 1982 Denevi trabaja para ATC (Argentina Televisora Color) principalmente escribiendo el guión de la serie *Gaspar de la Noche* y luego algunos especiales. Algunas perlititas que demuestran la importancia global de Denevi son la existencia de dos versiones de *Rosaura a las diez* para televisión, una en Alemania y otra en Italia. En este último país sus libros fueron publicados por Sellerio Editore; lo que llevo a Damiano Damiani a dirigir una película basada en la novela *Los asesinos de los días de fiesta*. Catalogada

como una comedia negra que fue estrenada en 2002, en España, con el título *Los angeles de negro*.

Cabe destacar la cantidad enorme de obras de teatro que cuentan con la autoría de Denevi, lo que nos brinda como conclusión que su lenguaje dinámico y su narrativa calzaban perfectamente con el mundo de la actuación por su facilidad en la construcción de diálogos y personajes icónicos.

Denevi muere el 12 de diciembre de 1998 pero sus historias siguieron y seguirán siendo recreadas por artistas de todos los ámbitos. *"Mi mayor ambición es que el acto de la lectura sea de disfrute, de goce para quienes me leen -dijo en una entrevista poco antes de su muerte-. En estos tiempos en que tanto dolor y humillaciones nos inferimos unos a otros, hacer feliz a alguien es tan hermoso... A mí no me importa más que eso."*



**División Homicidios se emitió de 1976 a 1979 por Canal 9.
Contaba con José Slavin y un gran elenco rotativo.**

Del realismo en la literatura fantástica por Marco Denevi

El hombre se miró en el espejo del vestuario del club y, estupefacto, comprobó que su rostro se superponía a otros muchos rostros de hombre. El espejo memorizaba.

Pero él llamó la atención que todos aquellos semblantes, tan distintos entre sí, tuviesen un rasgo en común: la misma mirada de secreta admiración, el mismo fulgor de satisfecho amor en los ojos.

DIEGO ROJAS

Presenta el libro

**DONDE VIVEN
LOS QUE NO
CONCUERDAN**



* Editoriales
* *Lecturas*
* Show musical a cargo de Lau Iceta

**19hs
puntual**

**Viernes 27 de diciembre
en el Barcinecito
(Avellaneda 1950 - Marcos Paz)**



Editorial Comala

entre TINTAS

DISEÑO & COMUNICACIÓN

BAJADAS
IMPRESIONES
LASER
COLOR & B/N

VINILOS
decorativos

FRASCOS / PAREDES / VENTANAS / MUEBLES Y MUCHO MÁS

TAZAS, JARROS, MATES
ARTÍCULOS SUBLIMABLES - SUPER PERSONALIZADOS

ESTAMPADOS

SERIGRAFÍA - SUBLIMACIÓN - VINILO TERMOTRANSFERIBLE

FOLLETOS | TALONARIOS
BOLSAS | SOBRES | IMANES

GRAN FORMATO
LONA FRONT | MESH | VINILO IMPRESO | BANNERS
ESMERILADO | MICROPERFORADO | VEHICULAR

PLOTEOS CAD
OBRA & VEGETAL
{ **1 METRO DE ANCHO** }

diseño de
VIDRIERAS
CARTELERÍA
MARQUESINAS - BICICLETEROS - CARTELES EXTERIOR E INTERIOR
VARIEDAD EN MATERIALES - INCLUYE COLOCACIÓN

SAN MARTIN 77 | MARCOS PAZ
www.entretintas.com.ar

entretintasdg@gmail.com



011 38898869

02227 467530